JUAN a la luz de JUAN

La vida del Beato Juan María de la Cruz, scj a la luz de la Palabra

Juan José Arnaiz Ecker, scj

Roma 2020

dehonianos

ÍNDICE

I. EMPEZAMOS
Un 1 de noviembre
A vueltas con esto de la perfección: griegos y hebreos Lo que tienes delante
Una palabra sobre un concepto “raro”: la apocalíptica

II. NUESTROS PROTAGONISTAS: JUAN Y JUAN
El primer Juan: el santo
El segundo Juan: el que va para santo

III. SIGUIENDO LA VOZ DEL SEÑOR
Erre que erre, hasta que... Pero fuera pasaban cosas...

IV. P. JUAN MARIA DE LA CRUZ, S.C.J. 10 años
Por los caminos de España
Lo que no se nos puede despistar

V. EN BUSCA DE UN DESTINO
La historia humana Concretamente...

VI. FUEGO POR DENTRO Y POR FUERA
¿Legiones de arcángeles? Solo un día

VII. PARA LIBERAR A LOS PRISIONEROS
Celda 476, cuarta galería...

VIII. 23 DE AGOSTO DE 1936
Imaginando...
“Una gran señal apareció en el cielo”

IX. P. JUAN, ¿A DONDE NOS SEÑALAS?
Compases finales de la historia del P. Juan María Celebrar la vida
Acordes finales

JUAN A LA LUZ DE JUAN
La vida del Beato Juan María de la Cruz, scj a la luz de la Palabra

I.
EMPEZAMOS

Un 1 de noviembre

Hoy es 1 de noviembre. Solemnidad de Todos los Santos. En el desayuno, un comensal ha dicho que hoy es el día para felicitar a todos los que tienen esos nombres raros, tanto que nadie sabe si alguna vez hubo un santo que se llamase así.

Ciertamente, tener el nombre de un "santo", compartirlo con él, es importante. Lo es porque se establece (siempre que se quiera) una relación especial con él. Hay a quien le gusta tomar una gran enciclopedia o consultar en google para informarse sobre quién fue aquel santo que se llamó igual que él, o al menos saber de dónde viene el nombre que tengo. La historia de sus vidas puede iluminar. Es recurrente insistir en que, en nuestros días, las vidas de los santos de siempre han quedado muy lejos y no transmiten nada. Por eso, hay que busca "santos" más cercanos, que se les pueda ver en color. Que se sepa a ciencia cierta que vivieron y murieron, que hicieron algo que merece la pena recordar, que significó algo para aquellos que decidieron que nos llamásemos de determinada forma. Así, al lado de los "santos de siempre" se han puesto aquel o aquellacantante cuya canción sonaba cuando tu padre le pidió a tu madre que se casara con él. Aquel futbolista que tanta pasión levantó en la juventud de tu papá cuando el fútbol aún era fútbol y no como ahora... Aquel actor que ocupó los sueños y el corazón de tu mamá cuando, muchacha aún, sentía por primera vez el fuego del amor en aquel cine tan especial.

En fin, que el "santo" (viejo o nuevo) tiene mucho de modelo. Los cristianos, con esto de que tener más de 2.000 años, tiene que cuidarse mucho. Tienen que hacer revisiones periódicas, porque se detectan constantemente "células" que no trabajan como deberían, es más, que producen elementos nocivos que pueden matar todo el cuerpo.Las "células de la santidad" andan un poco así. El objetivo es que vuelvan a funcionar como deben. Porque éstas no se pueden quitar; no se puede porque sin ellas el cuerpo de la Iglesia muere. La Iglesia es Santa, se reza cada domingo en el Credo; pero siempre haciendo el esfuerzo de no decir: "sí, sí... y vas tú y te lo crees"...

Pero entonces, ¿es santa o no es santa? Esperemos un poco, ¿qué es eso de ser santo? ¡Ay, amigo! Ahí te quería ver yo. ¿Qué fue primero: el huevo o la gallina? Durante siglos y siglos hemos confeccionado un concepto de santidad que venía a significar

"perfección". Y así es: santo es lo perfecto. Pero, qué entendemos por perfección. ¡Bueno, verás ahora éste! Vamos a verlo, ¿no?

A vueltas con esto de la perfección: griegos y hebreos

Tuve un profesor de Biblia que nos expuso dos modos de entender la santidad: el griego y el bíblico.

Los griegos (o será mejor decir Platón), si recuerdas, hablaban de un Mundo de las Ideas, de un mundo superior donde, yo qué sé, las Ideas allí estaban. Era estilo supermercado: "un paquete de galletas, por favor. Sí ese, el que está en la tercera estantería a mano derecha". Una Idea (por ejemplo la Inteligencia) era la que estaba en la tercera estanteríaa mano derecha. Las ideas eran perfectas, acabadas en sí mismas. Pero si estaban en ese Mundo... ¿nosotros por qué teníamos conocimiento de ellas? Ah amigo, había unas Almasque se habían dado el trastazo padre al caerse de ese Mundo de las Ideas. ¿Dónde estaban? Pues siguiendo con la comparación del supermercado: ¡envueltas! Cada ser humano era el envoltorio o, si cambiamos de comparación, la celda de castigo de un alma caída. ¿Y entonces? Esa alma tenía que perfeccionarse, luchar, correr, disputar para subir otra vez a donde estaba primero: al Mundo de las Ideas. Y, ¿quién tenía tiempo paraperfeccionarse? Pues el filósofo.

Los hebreos, los autores —humanos— de la Biblia, entendieron que Dios les revelaba otro concepto de perfección. Sabían que Dios era perfecto y santo, que les amaba como pueblo... y si Dios los amaba era porque algo bueno tendrían, ¿no? El caso es que, por verel contraste, los hebreos tienen como "santos", como perfectos, a señores como Abraham, que estaba casado pero a la vez tenía una esclava que le dio un hijo...; y no nos pongamos a contar a cuántos se cargó por el camino (entre otros motivos porque si no selo cepillaban a él o a alguno de su familia). Otro "santo" es Moisés, que entre otras cosas se cargó a medio ejército egipcio. Dicho esto podemos preguntarnos: ¿por qué y cuándo se enfadaba Dios con ellos? Pues lo hacía solo cuando no le escuchaban y le desobedecían. O sea, que por matar a no sé cuantos Dios no se enfadaba con ellos, pero por no hacerle caso del todo, por dar un bastonazo suave de más contra una roca, Dios por ejemplo la toma con Moisés hasta tal punto que no le dejó entrar en la Tierra Prometida después de años y años caminando por el desierto, gobernando y sirviendo al Señor. Puede parecernos un chiste, pero es así.

¿Se puede explicar esto? Veamos, los hebreos entendieron que cada persona tiene su perfección: esa con la que Dios te ha creado, esa con la que tu madre te ha traído al mundo. Así como tú eres, no te falta nada, ¡estás entero, estás perfecto! Comienzas el reto de vivir. Y en el fragor del vivir es donde uno comienza a perder esa integridad con la que nació. Ahí es donde uno se des-perfecciona, donde uno, metiendo la pata, "pierde puntos". La clave que conocían los hebreos para no perder esta perfección o santidad en la vida de cada día era la lucha por estar siempre disponible para hacer la voluntad de Dios. Es decir, disponible para meter horas de silencio y ¡aprender a escuchar! Escuchar tu interior y escuchar también la historia de la salvación que Dios llevó adelante con su pueblo. Disponible y oyente. Y volvemos a Abraham y Moisés. Pese a todo lo dicho, ambos estuvieron abiertos a Dios, le dedicaron tiempo a escucharle,

fueron fieles a la "voz", a esa "cosa" (no sé cómo llamarlo) que sonaba dentro de ellos con tanta fuerza.

Por lo tanto, todo este rollo para decir que perfecto o santo es el que está viviendo lo que es, que está viviendo la vida (la que le ha tocado o la que se ha buscado) totalmente abierto y disponible a Dios, viviendo en escucha y cumpliendo su voluntad, siendo coherente, entero, perfecto...

Lo que tienes delante

Quiero hablarte de un religioso y sacerdote. Se llamaba Mariano cuando se bautizó. Cuando se hizo religioso se llamó Juan. Y os voy a contar su historia a la luz de un libro que escribió otro Juan unos 19 siglos antes. Elijo este modo de narrar porque lo que cuenta el Juan de hace 19 siglos parece que estuviese pensado para entender la vida del Juan de hace cuatro días. El libro del primer Juan (apóstol y evangelista), la Iglesia lo tiene como Palabra de Dios. Y la vida del segundo Juan parece que nos dijo algo de Dios. Resumiendo, te invito a acompañarme en una lectura del libro del Apocalipsis de San Juan porque creo que nos permitirá iluminar y entender el significado profundo de la vida y la muerte del P. Mariano *Juan María de la Cruz* García Méndez, Sacerdote del Sagrado Corazón de Jesús, que murió en Valencia (España) en 1936.

Mis conocimientos son muy limitados y por eso a leer el libro del Apocalipsis nos ayudará (copiando descaradamente sus conclusiones) el libro dirigido por el profesor Santiago Guijarro. ¡El libro hoy casi se podría decir que es antiguo! Se titula *Un mundo sin llanto ni dolor: guía para una lectura comunitaria del libro del Apocalipsis* (EVD, Estella 1999). ¿Qué quieres que te diga? Es un libro muy bueno para empezar. Porque dice bien lo que quiere decir me lo apropiaré a lo largo de trozos enteros sin citar páginas ni entrecomillarlo ni nada. Todo lo que aquí se diga sobre San Juan o el texto bíblico es del profesor Guijarro. No se trata de demostrar lo que se sabe del Apocalipsis sino de interpretar la historia de la vida del P. Juan a la luz de la Palabra de Dios. Porque si es importante la vida de un santo es porque nos acercan a Dios. Para alejarnos de Él ya nos las apañamos muy bien solos, ¿no? Pues eso. Os recomiendo el libro porque nos explica cómo escuchar y entender la Palabra de Dios. O, si queréis, nos ayuda a ser un poco más santos.

Por lo que se refiere a los datos sobre la vida del P. Juan María de la Cruz los tomo de los trabajos hechos por los dehonianos encargados de investigar sobre su persona para defender su causa en el proceso de beatificación y canonización (ocurrida la primera el 11 de marzo de 2001), así como el trabajo del P. Evaristo Martínez de Alegría, *Un santo al azar.* Por último, estoy yo. Tengo mis ideas, mi punto de vista, mi modo de interpretar. Tengo un objetivo que quiero demostrar y puede que tú o algún otro lector no esté de acuerdo. Bueno, pues, no estaremos de acuerdo. Tan solo propongo y expongo mi visión. Aquí encontrarás cómo leo y escucho la vida del P. Juan María de la Cruz García Méndez, Sacerdote del Sagrado Corazón de Jesús, mártir.

Una palabra sobre un concepto "raro": la apocalíptica

Paciencia, que ya arrancamos. Antes tenemos que conocer un par de cositas acerca del tipo de libro que vamos a manejar y así poder interpretarla bien. Voy lo más rápido y sencillo posible. La apocalíptica es un tipo de literatura que se desarrolla en tiempos de crisis extrema, de caos social, político y religioso; unas veces provocado por las dificultades internas de la comunidad eclesial, otras —la mayoría— por la opresión de potencias extranjeras que amenazaban con destruir la identidad de un pueblo (de aquella la cultura helenística, el Imperio romano...).

En medio de estas situaciones de desintegración, de persecución y de marginación provocada por poderes injustos e inhumanos en su pretensión de imposición a toda costa, la apocalíptica intenta lanzar un mensaje de resistencia y sostenimiento en la lucha de una comunidad cuando ésta siente que se derrumba porque lo que hasta ahora ha dado confianza está a punto de desaparecer.

Por eso la sensación siempre es doble: se transmite un estado de ánimo muy decaído que da idea de los sufrimientos, las tensiones y los conflictos que influyen en la vida de

esa comunidad; pero por el otro lado se ofrece un cauce de esperanza y se dibuja el futuro que se espera de Dios. En definitiva, un mañana mejor en el que el mal será vencido definitivamente.

La convicción más fuerte es que Dios es Señor y soberano de todo. Él tiene en sus manos el destino del cosmos y revela sus designios de salvación sobre la historia humana. Designios ocultos, que ahora Dios muestra claramente. Aquí tenemos la peculiaridad: Dios muestra a través de un vidente privilegiado, como si el velo que cubría los planes de futuro fuese retirado de repente. Este vidente tiene visiones, éxtasis y sueños, y recibe la misión de ponerlo todo por escrito, sellarlo y ocultarlo hasta que llegue el momento oportuno de darlo a conocer todo abiertamente.

Es lo que ocurre con el último libro de nuestra Biblia donde se recoge un armonioso acorde final con toda la Historia de la Salvación, elevando un canto de acción de gracias a Dios porque cumple sus promesas. Atento. El Apocalipsis es un libro escrito para una comunidad creyente cristiana. Por lo tanto, debe siempre leerse en comunidad. Porque Dios salva pueblos no solo individuos aislados. En grupo porque es así como se celebra la fe. Este libro es una breve liturgia en forma de diálogo en la que una Iglesia aclama a Cristo resucitado. Así pues, resumiendo: este libro debe ser leído en una comunidad que confiesa su fe en el Resucitado. Fuera de este contexto es donde nacen las interpretaciones fantasiosas, peliculeras y oscurantistas.

Otro detalle. Leído así a pelo, este libro del Apocalipsis, ¿no es demasiado violento? Tienes razón. Pero debemos ponernos ante otro hecho: la biografía que vamos a descubrir está repleta de actos de violencia. Así pues, ¿está Dios en la violencia? Considera esto: Dios antes de hacerse hombre en Jesús de Nazareth, se encarnó en la historia de su pueblo, en el fondo en la historia de la humanidad. Esta historia está marcada ayer, hoy y mañana por la violencia, algo profundamente arraigado en el

corazón del hombre. Desde siempre hemos proyectado en Dios nuestra comprensión inmadura de su misterio, hemos proyecta en Él nuestra forma de ver la vida y también nuestra propia violencia. Solo cuando este pueblo que somos va creciendo, va entendiendo poco a poco que las armas de guerra han de ser transformadas en instrumentos de trabajo (lee Isaías 2,4) y que Dios ama a todos los pueblos (lee Jonás 4,10).

Y la cima se alcanza con Jesús de Nazareth. Pero es un error pensar que en el Nuevo Testamento todo es pacificación y que no hay rastros de violencia. Jesús expulsa a los vendedores del Templo. Jesús sufre la violencia de la humanidad que le lleva hasta la cruz. La cruz se convierte paradójicamente en lugar de violencia y a la vez de pacificación, porque en ella se concentra la violencia de la historia y de la humanidad... y es derrotada. Desde la muerte y resurrección de Jesús hemos dado un paso más en la comprensión del misterio de Dios, hemos avanzado en el camino hacia la paz auténtica. Dios asumió nuestra violencia como realidad universal de la que tenía que nos quiere liberar ofreciendo un mundo original: ese en el que todos somos hijos y hermanos.

II.
NUESTROS PROTAGONISTAS: JUAN Y JUAN

Revelación de Jesucristo, que le fue confiada por Dios para enseñar a sus servidores lo que tiene que suceder pronto; Él envió a su Ángel para transmitírsela a su servidor Juan. Este atestigua que todo lo que vio es Palabra de Dios y testimonio de Jesucristo. Feliz el que lea y felices los que escuchen las palabras de esta profecía y tengan en cuenta lo que está escrito en ella, porque el Tiempo está cerca.

(Ap 1,1-3)

El primer Juan: el santo

"Yo, Juan, vuestro *hermano* que con vosotros comparte las tribulaciones, el reino y la paciencia en Jesús" (Ap 1, 9). Nuestro primer Juan es San Juan. Apóstol de Jesús y Evangelista del cuarto texto canónico. Éste es santo. El segundo Juan va camino de ello. Por ahora es Beato. He querido hacer resonar las líneas que encabezan este párrafo porque habrás visto que San Juan no se presenta como un "santo" alejado y perfecto, impasible e intocable. Dice que es nuestro hermano y nuestro compañero en la lucha. Bueno, no está mal para empezar. Sabemos que tenemos un hermano más y que tenemos un compañero, un amigo para la lucha. Primera gran pregunta: ¿acaso no necesitamos "hermanos mayores", no necesitamos compañeros de camino en nuestra vida, gente como nosotros que camine con y como nosotros? ¿De dónde nos hemos sacado que los santos no fueron "hermanos", que no las pasaron tanto o más canutas que nosotros ahora? ¿De dónde hemos sacado que eran tan perfectos que no se manchaban ni los zapatos porque iban volando? ¿De dónde tantas cosas raras? Quizás del entender mal lo que era la perfección. Ya hemos hablado de ello antes, ¿no? Pues sigo. Aquí se nos presenta un voluntario. El hombre lo hace por escrito ya que obviamente murió hace ya tiempo, pero ¿se te había ocurrido leer alguna vez la herencia que nos dejó? Si le pidiésemos a San Juan que se presentase, podría contestarnos algo así como esto:

> Mi nombre es Juan, que significa "Dios tiene compasión".
> En mi tiempo, en mi comunidad, durante algún tiempo, pudimos *vivir nuestra fe* sin ser molestados. *Éramos pocos,* y solo en contadas ocasiones teníamos algún que otro problema con las comunidades judías de nuestras ciudades. Con el tiempo fuimos creciendo. Eran cada vez más los que acogían nuestro mensaje y esto nos trajo problemas de organización y de perseverancia.
> Cada vez éramos más conocidos, y por eso cuando los notables de las ciudades empezaron a fomentar *el culto al emperador* para congraciarse con él, nos pusieron en un gran aprieto. Las cosas *se pusieron muy mal.* No estábamos dispuestos a rendirle culto. Oré intensamente pidiendo a Dios luz sobre este asunto, y Él me reveló el significado de aquellas palabras de Jesús: "no podéis servir a dos señores".
>
> El poder de Roma hacía mucho mal; era como una encarnación de Satanás. Decidí exhortar a las comunidades a vivir en *absoluta fidelidad* a Jesucristo, porque él está por encima de todos los reyes de la tierra. El problema era decir esto abiertamente. Nuestra fe se mantuvo firme en aquella situación. Dios tuvo compasión de nosotros *y no dejó que nuestro amor se enfriara del todo.* Las visiones que escribí pueden ser útiles a otras comunidades que se encuentren en *situaciones semejantes;* situaciones en las que se pone en peligro el señorío de Dios sobre la historia, o en las que las comunidades cristianas tienen el peligro de ser absorbidas por el ambiente. La actitud de *resistencia* que propuse a mis queridas comunidades de Asia Menor les vendrá muy bien también a ellas.

No está mal para empezar, ¿eh? Has visto que he puesto en cursiva algunas palabras. Las que a mí me han llamado más la atención.

No, no me he olvidado de que quiero hablaros del beato Juan. Pero es que de lo que él habló en su vida y de lo que se murió fue precisamente de eso que le hemos dicho decir a San Juan: de "vivir nuestra fe". Esta es la razón de una vida y de una muerte. Y conviene proclamarlo desde ya. El beato Juan María de la Cruz con su vida y con su muerte, con el estilo de vida, con la educación y con las formas que recibió en su tiempo, logró ser "absolutamente fiel" y proclamar, hasta dar su vida, que Jesús "está por encima de todos" y de todo. El beato Juan vivió una "situación semejante" donde los conciudadanos, entre ellos 'hermanos de nación' no pelearon por dar "culto al emperador" romano sino a sendas ideologías, a diversas revoluciones, en definitiva a proyectos políticos y sociales que, aquí está su mutuo error, se pusieron por encima del ser humano y de la vida. A mi juicio, ese es el error básico que, cuando las cosas "se pusieron muy mal" provocaron, entre miles y miles, la muerte del beato Juan. El beato Juan tuvo la gracia de "no dejar que su amor se enfriara del todo". Y logró ser signo de "resistencia" ante el terror que mata.

Tarde o temprano, hay que tocar un tema muy delicado para nosotros los españoles. Un tema que abre heridas viejas que nunca se han cerrado, quizás porque es imposible. En mi familia se sufrió y se lloró por lo que pasó en la guerra civil. Prisión y terror, huída y supervivencia se hicieron presentes en las dos familias de las que provengo. Puede que sea una justificación facilona, pero cada vez me parece más inapropiado que quienes tuvimos la gran suerte de no padecer aquellos días tomemos partido por uno o por otro bando por lo que supone de falta de respeto a nuestros bisabuelos. Tal como pasará en

Europa más tarde, el error fue el mismo: poner por encima de todo no a Dios, no al ser humano, no a la vida, sino una idea, un proyecto teórico, un proyecto político... Aquellos totalitarismos antes o después cayeron, dejado tras de sí ríos insoportables de sangre. La pena es que aún hoy hay quien los recoge como ideal político. Con todo, me reafirmo en que San Juan tenía razón, de que el beato Juan María tenía razón: Jesucristo está por encima de todos los reyes de la tierra. Se llamen como se llamen. Duren lo que duren.

El segundo Juan: el que va para santo

Mariano García Méndez. Nació en San Esteban de los Patos. Provincia de Ávila. Era un 25 de septiembre de 1891 y el 27 lo bautizaron. Era el primogénito. Tuvo 14 hermanos y hermanas por detrás. Una de las hermanas nos cuenta que

> "en casa de mi padre estaban las llaves de la iglesia y era mi abuela Joaquina quien la cuidaba [...]. Nuestro padre dirigía la novena de San José y, durante el mes de octubre, la recitación del Santo Rosario".

Una familia muy religiosa, que además servía a sus vecinos. Sin aspavientos. Sin grandilocuencias. Fregando y rezando. La madre y la abuela eran las encargadas de que no se apagase el fuego. El fuego del tabernáculo, del sagrario. Esa luz que nos hace ver en las iglesias dónde está el sacramento de la eucaristía, en el que, junto con su presencia, Jesús recuerda y hace presente la fuerza y el calor que le arrastró a dar la vida por todos.

Mariano, nuestro amigo, hermano y compañero, hizo a los diez años una elección: responder con toda generosidad a la vocación que sentía profundamente hacia el sacerdocio.

Las primeras lecciones las recibió de D. Olegario, el cura de Mingorria. Después fue alumno externo del Seminario de Ávila. De tonto no tenía un pelo... porque no era tonto, era normal y estudiaba que se mataba. De hecho se ganó una media beca por sus buenísimos resultados. Cuenta su hermano Víctor que una vez oyó,

> "elogios por parte de uno de sus profesores, llamado D. Justo Sánchez, Canónigo penitenciario de la Catedral de Ávila, ahora difunto. Este señor era profesor de moral, y he sentido contar que en ciertas ocasiones se veía obligado a estudiar particularmente algunas cuestiones, debido a las agudas observaciones que le hacía Mariano".

A santo Tomás de Aquino, el autor del "manual" de teología que se estudiaba por entonces y quizás el más grande teólogo de la Iglesia, se lo conocía de arriba abajo. Solía ir a las habitaciones de los profesores para exponerles sus dudas científicas. Lo hacía cuando no estaba satisfecho de las explicaciones dadas. Lo mismo hacía con su director espiritual en las cosas del espíritu. Se cuenta que,

> "tanto era su apego al estudio que, en una ocasión, en el patio del Seminario se montó una furiosa y ruidosa escaramuza entre los gatos. Todas las ventanas de las habitaciones de los seminaristas se abrieron, excepto la de Mariano. Durante las

vacaciones, su conducta fue siempre ejemplar. Lo más que se permitía era ir a cazar algún pájaro. Le gustaba reunir a los chicos del pueblo y enseñarles cosas santas".

Así era Mariano. Pero también era jovial, divertido, hacía bromas con todos y hasta seguro que metió la pata más de una vez y le cayó la correspondiente bronca. Era perfecto, es decir, era como tenía que ser a los 10 años. Un niño normal. Pero, ¿por qué lo recuerdan aún hoy sus compañeros, hoy tan ancianos y algunos —muchos— fallecidos?

Porque era un "santito". Y esto es un detalle que lo acompañará allá por donde vaya. Y se notaba. Una vez, siendo estudiante de teología, tenía que hacer un ensayo de sermón. Mariano se quedó en blanco. Se calló y se frenó en seco. En estas circunstancias las risas comenzaban poco a poco a subir de volumen. Y no era además una cosa que gustase mucho a los profesores y formadores del Seminario. Pero aquella vez, con Mariano, nadie se rió. Todos conocían su buena preparación y su profunda piedad. ¡Que era un tío legal, vamos!

¡Ah, por cierto!, Mariano fue uno de los dirigentes de la Confraternidad de los Discípulos de San Juan en el Seminario. Por lo de San Juan, digo... Cuando estaba de vacaciones se le veía siempre colgado de sus libros de estudio. Y le gustaba rezar. Ante el Sagrario y a María, la Madre de Jesús. A veces se le veía en medio de los campos arrodillado. Comulgaba todos los días (esto era muy raro por entonces) y, como en su pueblo no había cura, iba buscando por los pueblos de al lado dónde hacerlo. Andando, ¡claro!

En el Seminario se preparaba para ser sacerdote. Las cosas iban bien pero no estaba él del todo a gusto. Quería unir el sacerdocio a la vida religiosa. Así que se presentó en la puerta del Convento de Santo Tomás de los dominicos de Ávila y comenzó el Noviciado el día de la Asunción de Nuestra Señora, 15 de agosto de 1913.

Pero apareció una mala compañera de camino: la mala salud. Por aquellos días la vida religiosa era muy dura, muy ascética, con muchos sacrificios y penitencias. Había otro modo de ver las cosas en esto de la santidad y la perfección. Ya en otra ocasión, la enfermedad, pero esta vez de su padre, le había apartado del Seminario. En aquella ocasión su padre, aquejado de dolores reumáticos, no podía trabajar. Mariano tuvo que asumir su papel de hermano mayor y ocupar la cabeza de la familia mientras el padre se recuperaba. Bueno, el caso es que tuvo que volver al Seminario diocesano a completar la teología. Y así, el 18 de marzo de 1916 Mons. Joaquín Beltrán y Asensio lo ordenó sacerdote de la Iglesia.

Siendo ya cura, y acompañado por su hermana Juana (¡qué casualidad!) pasó por estas parroquias: Hernansancho, Villanueva de Gómez, San Juan de la Encinilla, Santo Tomé de Zabarcos y Sotillo de las Palomas. Todas ellas en su diócesis de Ávila. Se cuentan muchas cosas de él, muchas anécdotas que nos hablan de cómo era, de cómo actuaba, de cómo razonaba.

Don Mariano era un hombre de mucha oración. Se pegaba auténticos maratones en la iglesia, rezando, acogiendo, confesando, celebrando la misa; bueno lo que hacía un cura "estándar" de la época... Pero no se limitaba a los mínimos. Con tal de que sus

parroquianos estuviesen asistidos espiritualmente, les decía que le avisasen a qué hora iban a ir a trabajar… que él les daría la comunión.

Se cuenta también que en lo de las limosnas tenía la manga de la sotana muy ancha. Que daba bastante, vamos… Se preocupaba de todas las personas. Una señora no pisaba la iglesia ni por recomendación. En vez de maldecirla y criticarla, se preocupó de que volviese a ir a Misa. Con tal de que el peluquero del pueblo fuese a misa, le daba el dinero equivalente a los cortes de pelo que haría si en vez de en la iglesia estuviese en la peluquería trabajando. Pero no solo le preocupaba la salud del alma. Una vez le pagó

el viaje hasta Ávila a una pobre mujer que, enferma, necesitaba ver un médico especialista de la capital. O sea, que servicio completo.

Otra que se cuenta es que un año predicaba en Semana Santa. El Viernes Santo tenía una fiebre de morirse, pero haciendo oídos sordos a todos los consejos de los amigos y vecinos, llegó a la iglesia y predicó sobre la soledad de la Virgen en aquel día,

> con tal "fuego y fervor que dejó maravillados a cuantos lo escucharon. Toda su vida —nos sigue contando— era humildad y sacrificio. En los días más crudos del invierno, de intemperie, de lluvia y nieve, lo vi muchas veces orar de rodillas. No aceptó nunca la cabalgadura que los vecinos le ofrecían para sus viajes, haciéndolos a pie como penitencia. Así hizo una vez, en Fontiveros, para visitar el sepulcro de San Juan de la Cruz, distante veinte kilómetros. Regresó de allí con mayor humildad, y quizás aquella visita influyó sobre el cambio de nombre".

Otra vez, siendo la fiesta del pueblo, no llegaron los invitados que esperaban y se le quedaba toda la comida para tirar. ¡Sí, hombre! Invitó a todos los pobres que andaban pidiendo por el pueblo y los sentó a su mesa. La cocinera le preguntó si estaba contento con aquello, y D. Mariano le respondió: "Como nunca. Me imaginaba ser Jesús en medio de los apóstoles".

Y una vez que tenía la torre de la iglesia que se le caía encima dijo en la homilía: "¡Qué suerte si esto me sucediese! ¡Sería lo más grande que me podía pasar: morir por amor a Jesucristo!". Ya se barruntaban ciertas cosas… Ministerio, lecturas y oración llenaban tanto su tiempo que apenas pudo entablar amistades muy profundas en sus pueblos. Bueno, a todo no se puede llegar.

Pero la gorda fue una vez en Hernansancho. Cuentan allí que, en cierta ocasión, hubo una riña feroz en el pueblo. Se liaron a tiros y hubo unos cuantos muertos. En cuanto se enteró Mariano acudió para asistir a los heridos en medio de los tiros. El asesino pudo escapar del pueblo de Hernansancho y el muy bestia, tan ancho, se presentó en una boda tan tranquilo y comentó con un conocido de Peñalba:

> "En tu pueblo he dejado tirados por tierra unos cabritos. Al Cura no me ha dado la gana matarlo porque es un Santo".

¡Será bestia el tío! Pero el caso es que nos deja el resumen que muchas personas hacían de él. Si lo decía hasta el Benjamín éste algo de verdad habrá, ¿no? Por segunda vez lo oímos en boca de quienes lo conocieron: "¡Don Mariano era un santo!".

Tan santo que ni cobraba un duro de estipendio por las misas; que él nada quería de dineros ni bancos ni mandangas del género. Solo pedía para pagar al sacristán. Ni más ni menos.

Pero el caso es que le seguía llamando el convento. Solía decir:

> "Estoy contento, pero confieso que vivo fuera de mi centro; me pesa mucho la vida parroquial. Por otra parte, estoy tan fastidiado por mi mala salud que, si no fuese por obediencia, ya habría tomado otra dirección: mi inclinación irresistible era la vida religiosa".

Así que, con el permiso de su obispo, se agarró un tren y se presentó en la diócesis de Vitoria. Allí le nombraron capellán de la comunidad de Hermanos de La Salle en Nanclares de Oca. Estamos en el curso 1921-22. No te me despistes, ¿eh? No, porque no contento con esto se presentó en Larrea Amorebieta (Vizcaya) y se hizo novicio de los Carmelitas Descalzos. Pero de nuevo la salud lo tiró para atrás. 4 de junio de 1923. Vuelta a Ávila.

Bueno y aquí nos vamos a parar por ahora. Me quiero centrar en los acontecimientos que ocurrirán a partir de ahora. La vida de D. Mariano va a dar un vuelco notable. Se hará religioso Sacerdote del Sagrado Corazón de Jesús. Y es que es ahora cuando comienza una historia mucho más decisiva, una historia donde se juega el todo por el todo, una historia de paso, de Pascua, de muerte… y de resurrección.

III.
SIGUIENDO LA VOZ DEL SEÑOR

Me di la vuelta para ver de quién era esa voz que me hablaba, y vi siete candelabros de oro, y en medio de ellos, a alguien semejante a un Hijo de Hombre, revestido de una larga túnica que estaba ceñida a su pecho con una faja de oro. Su cabeza y sus cabellos tenían la blancura de la lana y de la nieve; sus ojos parecían llamas de fuego, sus pies, bronce fundido en el crisol; y su voz era como el estruendo de grandes cataratas. En su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca salía una espada de doble filo; y su rostro era como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Al ver esto, caí a sus pies, como muerto. Pero Él, tocándome con su mano derecha, me dijo: "¡No temas, yo soy el Primero y el Ultimo, el Viviente!
Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre, y tengo la llave de la Muerte y del Abismo".
Escribe lo que has visto, lo que sucede ahora y lo que sucederá en el futuro".

(Ap 1, 12-19)

Erre que erre, hasta que…

El texto que acabas de leer describe a Jesús resucitado. No es un cuadro fácil de visualizar. ¿Qué pretende: asustar, aterrorizar? No. Subraya la dignidad del Señor y estemos atentos a las referencias que hace a las estrellas y los candelabros, porque ahí, paseando entre ellas, se le muestra unido a la Iglesia.

San Juan presenta a Jesucristo como protagonista de la vida de la Iglesia y de la historia. El es la "clave" para interpretar la difícil situación por la que pasa la comunidad a la que se dirige. Cristo es la clave porque Él es el Centro.

Tampoco nosotros escapamos a tiempos difíciles. Las dificultades pueden venir de problemas en el matrimonio, en el trabajo, de la soledad, de un cambio de rumbo en la vida, de la comunidad, de la vivencia de los votos religiosos, del miedo, del cansancio... Todo se nos viene abajo, no entendemos lo que está pasando, necesitamos alguien fuerte que nos sostenga, nos dé ánimos, nos acompañe y nos ayude a salir de esa situación.

Hemos visto cómo a nuestro segundo Juan, aún D. Mariano, se le tuercen las cosas siempre que quiere hacerse fraile. La salud no se lo permite. Pero él siente dentro esa voz. Siente que alguien le dirige una palabra. Mariano busca por su cuenta, pero no hay manera. Fracaso tras fracaso, negativa tras negativa: dominicos, carmelitas... Mariano sufre. Sus compañeros le advierten:

> "A la salida del Orden del Carmen, lo encontré en un curso de Ejercicios Espirituales, y lo puse en guardia ante el peligro de andar cambiando de vocación. Me respondió que hablaríamos al final de los Ejercicios, pero no hubo ocasión".

"¡No temas soy yo!". Quizás sintió con gozo esas palabras cuando las cosas se pusieron mejor. Era 1924. Tenía que ir una vez al mes a Madrid por algún típico rollo burocrático del servicio militar. En esas ocasiones acudía con frecuencia a la iglesia de las Religiosas Reparadoras. Y en el año 1925, ¿con quién se encontró allí? Pues con el P. Guillermo Zicke. Este religioso era el fundador de la Congregación del P. Dehon en España. Entablaron amistad y Mariano le desveló su búsqueda, su inquietud de corazón que no reposaba, que no acertaba con el lugar al cuál Dios le llamaba. El P. Zicke le habló de su Congregación, del proyecto que lo inspiraba, del estilo de su vida... Las cosas las recuerda así el P. Guillermo:

> "Fue en cuaresma del año 1924, cuando los Padres Alemanes de Puente la Reina, llegados recientemente de la Misión de África a consecuencia de la guerra europea, daban los Santos Ejercicios a la colonia alemana en el Convento de las Reparadoras de Madrid. Hallándose un día en conversación con la Madre María Jesús del Gran Poder, ésta les habló de un sacerdote de Ávila, el cual todos los meses venía a Madrid por asuntos militares y que tenía vivo interés de ingresar en alguna Congregación moderna. Pidiéndole las señas de este sacerdote, el P. Superior se puso en seguida en comunicación con él [...]. Algunos meses más tarde se presentó dicho sacerdote de repente en Puente la Reina, en el antiguo Convento 'El Crucifijo', quedándose todos maravillados de su sencillez y humildad, ofreciéndose al instante a ayudarnos en los trabajos de reconstrucción del Convento".

El caso es que Mariano entró en la familia SCJ. Le gustaba su lema: "Amor y Reparación". Hizo el Noviciado en Novelda (Alicante). Y el 31 de octubre de 1926, solemnidad de Cristo Rey, hizo su profesión religiosa. D. Mariano se convirtió en el P. Juan María de la Cruz.

El P. Guillermo nos recuerda que en los primeros años del P. Juan como religioso dehoniano,

> "siendo ya profeso, mostró deseos de perfeccionarse más en la vida contemplativa, solicitando el propio ingreso -con permiso de los superiores- en la Orden de los Trapenses. Y como banco de prueba estuvo en el monasterio de Cóbreces, del que volvió al poco tiempo a la Congregación por motivos de salud".

D. Mariano, perdón, el P. Juan, seguía erre que erre. Que en un monasterio. Nada, la salud lo echaba para atrás. El caso es que ya dehoniano, ahí se quedaría. Por fin encontraba descanso su interior. Quizás ese era el lugar que le indicaba el Resucitado. Quizás tenía que escribir con su vida unos renglones muy especiales de la vida de la Congregación SCJ. Quién sabe. "Escribe, pues, lo que has visto: lo que sucederá más tarde".

Pero fuera pasaban cosas...

La Iglesia a la que se dirige el libro del Apocalipsis atravesaba momentos difíciles. Dentro y fuera de ella había enemigos amenazando su fe. La propuesta de San Juan es mirar al Vencedor de la muerte, porque solo a partir de Él se puede comprender lo que está ocurriendo, el sentido de la historia que les toca vivir. Él es la clave para descifrar la situación, la ayuda para superar la crisis. Cristo es el modelo de persona y de Iglesia que

no defrauda. Ahí deben mirar para no desanimarse, luchar y vencer. El Apocalipsis pretende desvelarnos el significado de la historia, que sólo convertido a Cristo se capta en su profundidad. El Apocalipsis lleva a abrir los ojos al mal que nos rodea, a desenmascarar todas las bestias y dragones de nuestro mundo. ¿Para qué? Para seguir a Cristo, al Cordero, para colocarle en el centro de nuestra vida y de nuestra Iglesia. Y claro, ciertamente, hacerlo con todas las consecuencias. Que serán muchas.

Se abre ante nosotros un tramo de recorrido peligroso, pero obligado. Tenemos que examinar la Iglesia y la sociedad del tiempo del P. Juan. La Iglesia vive, como siempre ha hecho y siempre hará, en la sociedad. La Iglesia del Apocalipsis, la Iglesia de los años 20 y 30 del siglo XX y la Iglesia de hoy son iguales, deben ser iguales, en una cosa: en la promesa de servir a Cristo como a su único Señor. Ayer, hoy y mañana existirán y se obedecerá a otros señores, algunos de los cuales explícitamente pretenden arrancar a Cristo del centro. Ser fieles a Cristo conduce a vivir una fortísima tensión con los contemporáneos.

Como en el siglo I que conoció el Apocalipsis, el siglo XX del P. Juan sufría de ingresos muy bajos o de extrema pobreza en no pocos sectores de la sociedad. Las tierras donde el P. Juan había sido párroco eran muy, pero muy pobres. El campesinado no trabajaba sus propias tierras sino que dependían y pagaban alquileres a aristócratas despreocupados o a mediocres grandes propietarios. En la ciudad pasaba lo mismo. Gran cantidad de obreros, mineros, metalúrgicos, recibían muy bajos salarios sin ningún tipo de seguro, ni garantía de asistencia sanitaria. Sin pensión para la vejez, ni participación real en los beneficios de aquello que producían con sus manos. Aparecieron fuertes ideologías reivindicativas, basadas en unas, por entonces, sólidas filosofías. Igualdad, solidaridad, libertad, fueron palabras que comenzaron a tener un peso muy grande, muy fuerte. La

gente tenía hambre y quería lo suyo.

En aquel siglo XX persistía que los niveles superiores se distinguiesen por su riqueza, libertad y ejercicio del poder. Y persistía que los niveles inferiores no poseyesen riquezas, trabajasen para otros y no ocupasen puestos administrativos o de poder. La situación de la mujer era aún de total discriminación, aunque ya comenzaba a tener voz, y ¡hasta voto! Las cosas comenzaban a cambiar.

Es curioso, si hablamos ahora de religión como el siglo XX del P. Juan conoció regímenes que echaban mucho de menos los recuerdos políticos y, sobre todo, estéticos de los grandes Imperios antiguos, como Roma. En el siglo I el culto se daba al emperador. Encontramos ya esa tendencia a dar a la persona del jefe un valor sagrado, a generar nuevos dioses que muestran su falsedad por las grandiosas tragedias que en persona perpetraron (no en la evocación de su nombre). El culto a aquellos jefes llegó muy lejos hasta el punto de que nombres como Hitler, Mussolini, Stalin hacen aún hoy temblar. ¡O esta afirmación no es tan sencilla de creer! En España, también nos pasó algo de esto. Sea como fuere, en aquellos años 20 y 30 se convirtió en peligroso decir: mi único Señor no es ni rojo ni azul, sino que es Jesucristo. La Iglesia más visible de entonces, como la de hoy, contaba con algunos sacerdotes convencidos plenamente de que la situación social era fruto de un natural discurrir de las cosas y vivían en un conformismo funcionarial. Otros, muchos, los y las más, servían al pueblo en la enseñanza, la sanidad, el ministerio parroquial... No se puede negar que tuviesen sus errores y sus defectos. Y, quién no. De todos modos, ¿tantos como para que pasase lo que pasó?

En el horizonte de aquellas primeras décadas del siglo pasado, estaban apareciendo nubes muy negras. Negrísimas. Y los preparativos para evitar los daños de un temporal muy fuerte no iban muy rápidos. Un radicalismo creciente se iba imponiendo. El respeto, la verdad, el diálogo, la capacidad de ceder, de servir los intereses generales se iban perdiendo a favor de un radicalismo y de un unilateralismo que desembocó en posiciones profunda e irremediablemente contrapuestas hasta llegar a ser bandos enfrentados. Mortalmente enfrentados.

El Espíritu gritaba a la iglesia de Laodicea: *"¡Cambia de conducta!"* (Ap 3,19). Quizás en la época del P. Juan los ánimos deberían haber sido más tibios. Pero no lo fueron. Fueron calientes, tan calientes como para apretar el gatillo hermanos contra hermanos. Una tragedia. Un dolor. Nadie oyó como alguien llamaba a la puerta para sentarse a cenar con ellos, y mostrarles qué era lo importante (cf. Ap 3,20). Sentarse a cenar juntos. Quizás hubiese sido una buena solución. Pero en la mesa de aquellos años no hubo, desgraciadamente, sitio para todos.

Mucho se ha escrito y hablado de la Iglesia de aquellos años. Quienes la odiaban le echaban la culpa de todo y la convirtieron en objetivo estratégico. Quienes la amaban la defendieron con las luces que tuvieron. Una verdad es irrefutable: la Iglesia se vio sacudida por todos los lados. Unos y otros. Sangre salió de su cuerpo. También silencios y destierros. La Iglesia sabía qué era y para qué estaba. Quizás no lo supo decir con palabras que se entendiesen. Quizás tenía usos y maneras que no eran adecuados. Pero, ¿como para derramar tanta sangre?

Pero aquella sangre dio fruto. Tras pasar por el horno de un siglo de búsquedas, de enfrentamientos terribles y crueles, de demostraciones de la capacidad que tiene el hombre de acoger y nutrir la bestia maligna que todos llevamos dentro, tras recoger en vasijas la vida derramada de tantos hijos e hijas, la Iglesia (tras reunirse en el Concilio Vaticano II) pudo proclamar que sus raíces profundas están en el Evangelio. Esto le abrió de nuevo con mayor fuerza al diálogo con los demás. Estas dos dimensiones, "Evangelio" y "los demás", colocan a la Iglesia en una actitud de conversión constante, una escucha continua de "lo que el Espíritu dice a las Iglesias":

> "No impulsa a la Iglesia ambición alguna terrena. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido. 'Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias'".

Bien, descansemos un poco.

IV.
P. JUAN MARIA DE LA CRUZ, S.C.J.

Después vi en la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un Ángel poderoso que proclamaba en alta voz: "¿Quién es digno de abrir el libro y de romper sus sellos?". Pero nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de ella, era capaz de abrir el libro ni de leerlo. Y yo me puse a llorar porque nadie era digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ancianos me dijo: "No llores: ha triunfado el León de la tribu Judá, el Retoño de David, y él abrirá el libro y sus siete sellos". Entonces vi un Cordero que parecía haber sido inmolado: estaba de pie entre el trono y los cuatro Seres vivientes, en medio de los veinticuatro Ancianos. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. El Cordero vino y tomó el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono.

(Ap 5, 1-7)

10 años

Una vez que hizo su profesión religiosa como dehoniano, su primera comunidad siguió siendo la de Novelda, donde había hecho su Noviciado. Allí estaba, como sigue estando, el Colegio "Padre Dehon". El P. Juan enseñaba la materia de Religión. A la vez sirvió pastoralmente en la iglesia de la comunidad, una iglesia que ha cambiado porque en la guerra fue destruida, pieza a pieza...

En el verano de 1927 le salió un viajecito a Italia, que no desaprovechó. Roma lo dejó patidifuso. Curiosamente, lo que más le gustó fueron las Catacumbas de San Calixto y todos los sitios que recordaban a los mártires. El religioso que le sirvió de guía en la Ciudad Eterna se las veía y deseaba para sacarlo de algunos lugares, sobre todo de las catacumbas. Se ponía a rezar y no había manera de moverlo... Parece que algo ya se temía...

De regreso pasó por otro lugar que le encantó, esta vez porque estaba dedicado a la Virgen María: Lourdes.

Cuando regresa del viaje, recibe un nuevo destino y una nueva tarea: promotor de vocaciones y búsqueda de financiación para el Seminario de Puente la Reina, en Navarra. Casi nada. El caso es que esto chocaba no poco con lo que él quería. Mariano quería vida regular, vida religiosa, vida de oración, de contemplación; sí, trabajo pastoral pero que no ocupase toda la jornada, que hubiese tiempos reservados y privilegiados para la oración. Y cuando D. Mariano es ya el P. Juan le dan un trabajo que le obliga a estar fuera del convento durante semanas enteras, cuando no meses, y con una tarea no muy agradable: pedir. Pedir dinero y ofrecer a las familias el Seminario menor de Puente.

Tenía 36 años. Durante nueve va a desarrollar esta tarea haciendo kilómetros y kilómetros, buscando dinero en una España muy pobre, buscando niños que quisiesen la formación de un Seminario que, de aquella, estaba el pobre para pocos trotes. Kilómetros y kilómetros en contacto con un pueblo que se estaba enfrentando, que se estaba calentando, que se estaba comenzando a odiar de manera infernal, profunda, macabra... Nueve años de camino, a la intemperie, tantas veces solo, lejos de sus hermanos de comunidad. Pero obediente y seguro de que tanto caminar era para llegar a Aquel que le había tocado el hombro.

Me callo para que sea el P. Zicke, que lo conoció y fue su director espiritual, quien nos describa esta etapa de la vida del P. Juan:

> "Para poner a la Escuela Apostólica sobre una base sólida era menester buscar bienhechores [...]. ¿Quién mejor para dicho cargo que el buen P. Juan María [...]? Sin embargo, ¿no iría tal proyecto contra todas las aspiraciones y deseos del buen Padre Juan? Él, que ha dejado el mundo para retirarse a la soledad del claustro, iría a lanzarse de nuevo al bullicio de nuestras ciudades y aldeas, [...] pasar largas horas de trenes y autobuses [...], visitar las viviendas de las gentes altas y bajas, ricos y pobres, solamente con el fin de pedir limosna por amor de Dios, para las vocaciones pobres de unos futuros misioneros. Lo que en verdad debía parecer una cosa contradictoria, aquí se hacía realidad por el mero hecho de que el P. Juan era un hombre de santa obediencia, poniendo en práctica el espíritu de abnegación y de sacrificio, que es propio de la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, inmolándose, día por día, en aras del puro amor por Nuestro Señor y por las almas que le son más queridas [...]".

He repetido mucho en estas páginas, que el P. Juan era normal. Y como era normal se enfadó. Saben que se ha hecho religioso porque siente un fuego por dentro que quiere cultivar, que quiere contemplar y cultivar, y le endosan un cargo que lo obliga a vivir fuera de la comunidad y a estar preocupado de mil cosas... Pues se enfadó y pidió hacer una experiencia en los Trapenses de Cóbreces, en Santander. Ya hemos visto lo que pasó. Era perfecto. Estaba totalmente abierto a la voluntad del Padre y, por eso, tuvo que reconocer que se equivocaba. Que no había otro remedio. Que tenía que hacer caso, que tenía que obedecer. ¿Obedecer a quién? ¿Al P. Zicke? Sí y no. Obediencia a Cristo.

Pero, ¿qué es lo que quieres? Por dentro tengo esta sed de estar todo el día contigo, en tranquilidad, contemplándote, y cuando sigo este camino la salud se va. Y ahora me haces

andar de aquí para allá, durmiendo en posadas de tres al cuarto, con frío, lluvia, nieve, un sol que cuece y una nieve que se mete hasta los huesos, y de salud tan campante. ¿Qué quieres de mí? Pues parece ser que Dios quería que caminase por los caminos del mundo, de España más concretamente y, a la vez, cultivase ese fuego, esas ganas de estar unido al Señor siempre. Un ejemplo para los SCJ. Era lo que quería el P. Dehon, ¿no? El P. Juan, nos cuenta el P. Zicke, hizo lo siguiente:

> "Para que una vida de tanto trajín y llena de distracciones no le hiciese mella a su vida religiosa y de unión con Dios, procuraba ante todo trazarse un plan de vida, o un reglamento particular, y para que todo fuese sujeto a la santa obediencia y de esa manera hacerlo meritorio para el cielo, lo presentaba antes de salir a su Superior, con el fin de que lo sellara con su firma y visto bueno".

Y bueno, pues aquí estamos por los caminos de España, ¡y olé!

Por los caminos de España

A él le gustaba predicar y ser director espiritual. Lo de ser maestro no era lo suyo. Sabía demasiado. En el buen sentido. Era algo intelectual y elevado y le costaba explicar las cosas para niños pequeños. No era buen profesor pero sí buen hermano mayor, o padre o amigo, —no sé, elige tú una—, porque a los niños del Seminario les gustaba ir con él de paseo, en el recreo, escuchándole contar historietas y cantando canciones divertidas.

Por los caminos de España. De todo le pasó. Aquí van unos cuantos recortes que nos muestran lo normal que era el P. Juan. Lo perfecto que era.

Una vez estaba esperando el autobús en la ciudad de Estella, en Navarra. Y por el altavoz de un bar, empezaron a despotricar contra la religión. Se pilló tal enfado que agarró una piedra y, como no era tonto, esperó a que nadie estuviese mirando para lanzarle una pedrada al altavoz. Pero, todo el mundo le miraba. No lo hizo... Como tampoco podía hacer, aunque ganas no le faltaban, denunciar a aquellos que se ponían a blasfemar de mala manera, sin ton ni son. Pero también en sus desplazamientos mostraba su ternura y corazón cristiano. Una vez en el autobús público compartió muy generosamente su almuerzo con toda una familia que pasaba necesidad.

Otra vez, una buena persona le ofreció habitación para pasar la noche. Estando en la casa, el P. Juan vio un calendario un poco, digamos, de "verano", sin mucha ropa, vamos. Y sin que nadie se diese cuenta lo cambió por otro con una imagen religiosa. No fue ésta la última vez, porque en otra ocasión, debía haber tenido un mal día, llegó a un hotel de San Sebastián. Pidió habitación y cuando se la mostraron lo primero que se veía era la imagen de una chica en actitud un tanto provocativa. Al ver el cuadro lo cogió y lo rompió contra su rodilla (al puro estilo karateka) delante de las narices de la dueña, que debía de tener bastante mal humor. Ésta empezó a protestar y, reconociendo su error, le pagó el importe. Pero el cuadro lo rompió... De todos modos, menos mal que siempre buscaba alojamiento en comunidades religiosas. Sobre todo para ahorrar y poder dar más dinero

para el Seminario. Que todo hay que decirlo. Sí, parece que el P. Juan era un hombre impulsivo y un poco nervioso. Que tenía que luchar para contenerse. A veces no podía resistirse, incluso en el convento. Se cuenta que una vez se puso a discutir – precisamente sobre el martirio, y es que ya sonaban campanas y campanazos–, con uno de los cohermanos. Lo hizo con mucha pasión. Luego se presentó en la habitación de su hermano de comunidad, se arrodilló delante de él y le pidió perdón. ¡Tenía fuego por dentro este hombre! Pero en esto de la humildad y del respeto a los "jefes" siempre fue muy serio. De hecho, siempre que hablaba con uno que desempeñaba un cargo de autoridad, se quitaba el sombrero o el bonete. O como cuenta un Padre Sacramentino siempre que llegaba o se iba de su convento le besaba la mano al Superior, además de pasarse por la capilla para despedirse del otro "Jefe". Este con mayúscula.

Pero no solo se dedicaba a romper cuadros y apedrear altavoces. Cuando podía servir como predicador, sobre todo en fiestas de la Virgen o para hablar del amor de Dios manifestado y simbolizado en el Corazón de Jesús, no dudaba en hacerlo. Y a la gente le gustaba. Predicaba con simplicidad, con convicción y con el Evangelio en la boca. Y les movía su corazoncito. Le admiraban. Además quería mantener a toda costa sus vínculos con la comunidad y, así, los ejercicios espirituales y el primer viernes de mes estaba siempre en casita. Con los suyos. A estos siempre les pedía que rezasen por él y se acordasen de él en la celebración de la Eucaristía.

Y la última. Estaba pidiendo. Fue a casa de un señor aparentemente con dinero. Pero el recibimiento fue más bien maleducado o con cajas destempladas. Parece que el buen hombre estaba un poco "amargado" porque su hija estaba muy enferma. El P. Juan pese a que no estaba el horno para bollos la visitó. Acabada la visita, la enferma comenzó a mejorar. Se ganó una buena limosna. Una vez más, aparece entre la gente la opinión de que el P. Juan "¡era un santito!". Y no lo digo yo, ¿eh? ¡Que conste!

Así hasta el año 1936. Los viajes le llevaron cerca de la casa de su hermano Víctor, donde además estaba su madre. Allí hablaron de cómo estaba la cosa por España. Juan había recorrido España y sabía, veía venir una revolución. Y a renglón seguido añadió que no le importaría recibir el martirio. Le dijo a su hermano:

> "Víctor, feliz aquel que tenga la fortuna de derramar la sangre por Nuestro Señor".

Lo que no se nos puede despistar

El texto del Apocalipsis que ilumina desde el inicio este capítulo nos muestra cómo Dios, Señor del universo, decide entregar el poder de su Reino a un Cordero, degollado, inmolado por nosotros. San Juan exhorta así a volver a ponerse en primera línea, a vivir de aquel amor primero por Jesús que recibieron y que les hizo cambiar de vida. Ese amor merecedor de recompensa final.

La clave, el objetivo es contemplar el señorío de Dios y de Cristo sobre los acontecimientos de la historia. En el mundo que vivimos la ambigüedad está a la orden del día. Es desconcertante. Al lado de grandes fraudes nacen grandes movimientos solidarios. A la

vez que unas regiones de la tierra viven la pobreza y pasan hambre aparecen personas trabajando por la justicia y la paz. Terrorismo y guerra traen como consecuencia movimientos pacifistas. ¿Hay alguien capaz de hacernos comprender quién mueve los hilos de la historia? El Apocalipsis nos habla de un libro. Está cerrado con siete sellos. Es el libro que contiene los proyectos de Dios sobre la humanidad. ¿Y quién puede conocer ese proyecto, quién puede conocer el final de la historia? Solo uno. Solo el Cordero degollado. Solo Él puede abrirlo y con ello abrir para nosotros las puertas de la esperanza. La esperanza de saber que pese a todas las ambigüedades que vivimos todo tiene una meta última. Una meta apetecible. La fe en Jesús nos ayuda a entender lo que ocurre.

El protagonista de este paso bíblico es un cordero. Pero sabemos que se refiere a Cristo-Cordero. Y, ¿a qué viene este cambio tan fuerte: un cordero por un hombre? En el libro de Isaías el Siervo de Yahvé es presentado como oveja llevada al matadero (Is 53,7), como aquel que da su vida por la salvación de todos. Su muerte será fecunda, "después de una vida de aflicción comprenderá que no ha sufrido en vano. Mi siervo traerá a muchos la salvación" (Is 53,11). Mientras, en el libro del profeta Ezequiel, el cordero se convierte en pastor. Dios apacienta a su pueblo con amor: "Ya nunca tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el calor agobiante del sol. El cordero que está en medio del trono los apacentará y los conducirá a fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos" (Ap 7,16-17). El cordero es también símbolo de victoria: "Estaba de pie sobre el monte Sión" (Ap 14,1). Las fuerzas del mal no tendrán poder sobre El, "harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá porque es Rey de reyes y Señor de señores; y con él vencerán los llamados, los elegidos y los creyentes" (Ap 17,14). ¡Ojo a estas últimas palabras del Apocalipsis! Jesús venció al mal, a quien le hizo la guerra hasta matarlo. Y aún así triunfó. Pero no solo él, también los que crean en él vencerán.

Muerte. En el horizonte de nuestro relato se comienzan a ver las primeras nubes negras, los destellos de la guadaña de ese esqueleto cubierto por una túnica que nos sirve para imaginar la muerte. El drama se está preparando. Sí, ciertamente el drama de todos los hombres y mujeres es la muerte. Sin embargo, el Apocalipsis presenta a Cristo como el Viviente. Jesús es el que vive: "Yo soy el que vive. Estuve muerto pero ahora vivo para siempre y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del abismo" (Ap 1,18). En Cristo la muerte ha quedado superada por la vida, por la resurrección.

Estamos, pues, en el núcleo de la fe cristiana. Aquí es donde comienzan los pelos a ponerse de punta. ¡Y de qué manera...! Al Jesús Maestro que camina por la Galilea enseñando, dando pistas para vivir, sé bueno, sé perfecto, hasta puede ser fácil escucharlo, hacerle caso y creer en él. Pero cuando empezamos a hablar de que nos lo matan, ¡y además en cruz!, de que los más cercanos, uno de los doce íntimos, le traicionó y que a los otros once les entró un dolor de barriga que todos tuvieron que ausentarse cuando quizás más falta le hacía a Jesús compañía, amistad, fraternidad..., ¡uf! ahí ya hay que pisar tierra, hay que tener un poco de experiencia de vida para saber cómo y con quién nos la estamos jugando...

¿A qué viene todo esto? Estamos en el umbral de la muerte del P. Juan. Podemos leer esta vida y esta muerte como unos hechos que pasaron, como una serie de casualidades que

se reunieron… y nos lo mataron. Pero no. La Iglesia ha reconocido que en la vida y en la muerte de este hombre, de Juan, hubo algo más. Hubo un testimonio de algo. La muerte del P. Juan dice más cosas además de la fidelidad a lo que era, a su ministerio, a sus propias conquistas. La muerte del P. Juan tiene sentido y merece la pena llamarla bienaventurada, beata, porque muestra su fe en que Cristo no está entre los muertos, sino entre los vivos. Por eso tiene sentido su muerte. Por eso tiene sentido su memoria. Por eso nos enseña algo, por eso escribimos estas páginas.

Merece la pena porque el P. Juan se convirtió en "testigo fiel". Él tuvo la gracia de entrar, a su modo, en el "mundo de Dios" y así pudo transmitirnos, a su modo, lo que ha visto y oído. Nos revela con su vida y su muerte el sentido de la vida. Y con un único objetivo: suscitar nuestra fe.

Esto es lo importante. Este es el centro. Esta es la clave. Sin tener esto en cuenta, el P. Juan está muerto. La muerte del P. Juan queda rota, vacía. Si él murió fue por ser fiel testigo de Cristo. A su modo. Pero testigo de Cristo para nosotros que buscamos y seguimos a Cristo. A nuestro modo.

Tenemos que dar un paso más. La puerta que hay en el corazón del P. Juan está sonando. Como siempre hizo, él se levanta. Se dirige a esta puerta y abre. ¡Hombre! Mira quién es. Abre su puerta y nos invita a nosotros a abrir la nuestra. Él lo reconoció como huésped de su casa. Mejor dicho, como dueño de su casa: "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3,20).

V.
EN BUSCA DE UN DESTINO

Después vi que el Cordero abría el primero de los siete sellos, y oí al primero de los cuatro Seres Vivientes que decía con voz de trueno:
"¡Ven!". Y vi parecer un caballo blanco. Su jinete tenía un arco, recibió una corona y salió triunfante, para seguir venciendo. Cuando el Cordero abrió el segundo sello, oí al segundo de los Seres Vivientes que decía: "Ven". Y vi aparecer otro caballo, rojo como el fuego. Su jinete recibió el poder de desterrar la paz de la tierra, para que los hombres se mataran entre sí; y se le dio una gran espada. Cuando el Cordero abrió el tercer sello, oí al tercero de los Seres Vivientes que decía: "Ven". Y vi aparecer un caballo negro. Su jinete una balanza en la mano; oí una voz en medio de los cuatro Seres Vivientes, que decía: "Se vende una ración de trigo por un denario y tres raciones de cebada por un denario. Y no eches a perder el aceite y el vino". Cuando el Cordero abrió el cuarto sello, oí al
cuarto de los Seres Vivientes que decía: "Ven". Y vi aparecer un caballo amarillo. Su jinete se llamaba "Muerte", y el Abismo de la Muerte lo seguía. Y recibió poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar por medio de la espada, del hambre, de la peste y de las fieras salvajes.

(Ap 6, 1-8)

La historia humana

Cristo resucitado –el cordero–abre uno a uno los siete sellos. Van desfilando las distintas potencias que intervienen en el drama de la historia. Solo Cristo posee las claves. Una Palabra que nos espabila los sentidos y la imaginación. Nos dispone a contemplar la

inquietante historia humana como un campo de batalla en el que luchan encarnizadamente fuerzas encontradas. ¿Es pesimista pensar que el mal destructor de la vida es más potente que el bien, la paz y la justicia? No, pero el Apocalipsis es libro optimista y lleno de esperanza: Cristo se enfrenta al mal y a la muerte...

Concretamente...

La terrible batalla entre Cristo y los lúgubres caballeros "Guerra", "Injusticia" y "Muerte" no ha sido aún definitivamente vencida. Corría el año 1936. Lentamente. Ese año los dehonianos habían obtenido del Obispo de Cuenca el permiso para abrir casa en un antiguo convento de los Trinitarios en el Santuario de Nuestra Señora de Tejeda en el pueblo de Garaballa. Se nombró como superior al P. Lorenzo Cantó, religioso que logró huir por los pelos de morir en la "Cristiada" en México en otra revolución.

La nueva comunidad fue acogida sin entusiasmo, pero tampoco con hostilidad. Pero las cosas empeorarán poco a poco. En mayo de 1936 sí que apareció la hostilidad. Justo en ese mes el P. Juan María es enviado a esta nueva casa para descansar de tanto autobús, tren y hostales. ¡A descansar!... ¡Nadie sabía la que le venía encima!

El lugar era tranquilo y fresco. Pero el P. Juan era el P. Juan y seguía enfrentándose a quien blasfemaba. Sin miedo. Cuando le tocaban alguna cosa que aludía a la religión, saltaba como una fiera. A uno de los curas vecinos le entró el miedo en el cuerpo —como para no—, y huyó de su parroquia. Pues nuestro P. Juan salió, se fue al pueblo en cuestión, pidió las llaves, tocó las campanas y celebró la misa. Y es que empezaba a no poderse siquiera celebrar la misa.

La crónica es conocida. El 16 de febrero de 1936 gana las elecciones el Frente Popular. Es un partido que reúne todos los matices de la izquierda política desde la moderación al extremismo). Se produce un envalentonamiento y una radicalización entre sus filas. Comienzan los incendios de iglesias y los asaltos a edificios religiosos. Pero la cosa explotará el 13 de julio de 1936 cuando es asesinado un diputado opositor, el monárquico José Calvo Sotelo. El 18 de julio, el general Francisco Franco se subleva y da un golpe de Estado contra el Gobierno de la República. Y los caballos del Apocalipsis se desatan. Y qué bien cabalgaron e hicieron su trabajo en aquellos tres años de 1936 a 1939. ¡Y cuánto!...

Un hecho. La Iglesia fue embestida por esos cuatro caballos a la vez. Podemos decir que la Iglesia católica estaba en España "de toda la vida". Eso significa haber sido protagonista en los momentos buenos y también en los malos. En aquellos días especialmente, la Iglesia fue colocada en el punto de mira de los extremistas que se habían adueñado de la calle. Exageraciones y calumnias, por ejemplo acerca del inmenso poder económico de la Iglesia y de su insolidaridad social, dieron paso a que obispos, sacerdotes, frailes, monjas y laicos se pusieran en el disparadero, y sí, al pie de la letra.
¿De dónde venía esta agresividad? Había gente que por convicción no creía y no veía bien cierta omnipresencia de la Iglesia en todas las partes de la vida pública y social. Sin embargo, el caso es que quienes casi exclusivamente se movilizaban para atender situaciones difíciles eran los miembros de la Iglesia. Sea como sea, la Iglesia era un estorbo social, cultural, económico y político. No pocos, sin predicar la violencia, luchaban

por controlar la enseñanza española. Para ello había que alejar a la Iglesia, o mejor a sus clérigos, del mundo escolar. Se une también una corriente violenta de anticlericalismo. Esta tenía prisa, elevó la violencia a un medio normal y necesario y atacó despiadadamente personas y lugares. Periódicos, revistas, obras de teatro, obscenidades, blasfemias, chabacanería..., ridiculizaban a la Iglesia y rebajándola a perdiz de caza. No sería muy descabellado decir que, en resumen, todos los males los provocó la Iglesia y que, consiguientemente, debía ser castigada.

D. Anastasio era entonces el alcalde de Garaballa. Viendo que había movimiento de camiones militares por la contornada se informó y pudo saber que hacia allí se dirigía uno de ellos para hacerse con los objetos de valor del monasterio y, de paso, arrestar a los religiosos. El P. Lorenzo Cantó no perdió el tiempo. Reunió a todos los religiosos y les mandó salir en distintas direcciones. Inmediatamente. Y escondió el tesoro de la Virgen.

Al P. Juan María le tocó Valencia. ¿Por qué? Pues porque allí nadie le conocía. Pero sin saberlo pasaba (quizás) de "guate-mala" a "guate-peor". Se vistió con ropa seglar, es decir, se quitó la sotana. Cogió el autobús destino Utiel. Allí tomó el tren a Valencia. Había en la ciudad unas personas dispuestas a arriesgarse por dar refugio a un cura. Hay que reconocer su mérito ya que la cosa estaba muy fea como para no pensarse a quién se hacían favores.

Mientras, el P. Juan María declaraba sentirse... ¡contento! Así se lo hizo ver a su superior. Así lo manifestó en el autobús, con la gente que compartió viaje. Estaba seguro de que aquellos problemas durarían poco tiempo. Veamos cómo cuenta un compañero suyo cómo veía el P. Juan las cosas:

> "Traté con él en 1936 y conozco sus sentimientos. Él estaba preparado para aceptar lo que Dios quisiera por la salvación de la Patria. Tenía una fe ciega en el triunfo de la causa de Dios, aun cuando se tuviera que sufrir un gran castigo por los pecados sociales. Su entusiasmo y su fe la comunicaba a cuantos se le acercaban animándolos ante los grandes peligros que iban a tener que aguantar".

El tren de vapor se para. Valencia. Deja una gran polvareda hecha de carbonilla y vapor. El P. Juan María de la Cruz, vestido de agricultor, comienza a andar por las calles de la ciudad desconocida.

VI.
FUEGO POR DENTRO Y POR FUERA

Los siete Ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. Cuando el primer Ángel tocó la trompeta, cayó sobre la tierra granizo y fuego mezclado con sangre: la tercera parte de la tierra fue consumida, junto con la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde. Cuando el segundo Ángel tocó la trompeta, se precipitó sobre el mar una masa incandescente, grande como una montaña: la tercera parte del mar se convirtió en sangre; murió la tercera parte de los seres vivientes que habitan en sus aguas, y fue destruida la tercera parte de las naves. Cuando el tercer Ángel tocó la trompeta, un astro enorme que ardían como una antorcha cayó del cielo sobre la tercera parte de los ríos y de los manantiales. Cuanto tocó el cuarto Ángel...

(Ap 8, 6-10)

¿Legiones de arcángeles?

El "Septenario de las Trompetas" es el resultado de la apertura del último sello de ese Libro misterioso. Los acontecimientos se desencadenan. Las caretas se quitan. Las fuerzas se ponen en movimiento y comienzan a actuar en la historia, también en la historia personal del P. Juan María. Pero no son trompetas de castigo, sino de respuesta. Las trompetas anuncian que Dios está a punto de intervenir para liberar a su pueblo. No permanece pasivo. Lo misterioso comienza a hacerse comprensible. Pero la pregunta es simple: ¡pero qué estás diciendo! Un hombre al parecer bueno, que como veremos es encarcelado por una razón nimia, sentenciado a muerte con apenas ninguna garantía legal... ¿y vienes ahora con intervenciones de Dios?

Pues sí. Ahí está la clave. Afirmar a un Dios batallando por la salvación, desata nuestra imaginación. Y, usando nuestros modos y maneras, imaginamos legiones de arcángeles cepillándose a la mitad de los que nosotros hemos decidido que son "los malos". Y no. Dios batalla y salva no con legiones de ningún tipo y mucho menos violentas, sino a través de tipos como el P. Juan María: testigos fieles, insignificantes, casi casuales. Pero que en el momento justo demuestran su raíz y quién gobierna su interior. En tipo, que sencillamente recuerdan y hacen actual lo que primero hizo Jesucristo. En Él, Dios habló. Y por eso Cristo acabó en una cruz. Cristo no rechazó el plan de Dios en su corazón y asumió el tener que morir en una cruz haciéndolo por los demás. El P. Juan María no rechazó en su corazón el plan de Dios —si bien, como Jesús, pudo haberlo hecho—. Aceptó las consecuencias de creer, profesar, predicar y gritar que solo Dios, solo Cristo, reinaba en su corazón.

Supo escuchar la respuesta y la acción de Dios cuando aparece lo más negativo o amenazante de la acción de hombres y mujeres: el grito de dolor de Cristo. Este grito se prolonga en el grito de los justos e inocentes; y ahí continúa el eco que estamos a punto de escuchar del grito de dolor del P. Juan María, grito que se eleva hasta nosotros diciendo que algo debe cambiar. En un mundo amenazado de destrucción, Dios sigue llamando a la conversión. Quizás también ahora a través del Beato Juan María de la Cruz.

Solo un día

El objetivo era llegar a la casa de la bienhechora que le había indicado el P. Lorenzo Cantó. Vivía cerca (¡qué casualidad!) de la iglesia parroquial de los Santos Juanes. Los Santos Juanes: el san Juan apóstol y evangelista que también escribió el Apocalipsis, y san Juan Bautista, el profeta ardiente que murió también mártir. Le hicieron perder la cabeza... Pues se encontró el P. Juan María con que tenía que pasar por delante de esta iglesia. En aquel momento la estaban quemando. Dentro del edificio, ardían ya en una pira los objetos sagrados de culto, amontonados en el centro de la nave. ¿Recuerdas el fuerte temperamento y los prontos del P. Juan allá por los hoteles del norte de España? Pues tenlo presente.

Un curioso desconocido- Mal vestido. Ni siquiera es valenciano. Se nota. Será uno de los tantos refugiados que buscan refugio en la ciudad. Pero, qué está diciendo entre dientes. ¿Está murmurando algo contra lo que está pasando? Tú eres un...

Uno que lo vio lo dejó por escrito y lo explica bastante bien. Ahí lo tenéis:

> "Cuando el Siervo de Dios fue llevado a la cárcel eran los últimos días de julio de 1936 o los primeros de agosto siguiente; estaba encerrado en una celda de la cuarta galería si no recuerdo mal.
> Lo conocí por este motivo: me dijeron que hacía poco había entrado un sacerdote, porque había protestado públicamente por el incendio de la iglesia de los Santos Juanes.
> Esto picó mi curiosidad y quise informarme directamente por él mismo, porque se me hacía muy difícil creer que, alguien tuviese tanto coraje o fuera tan ingenuo como para asumir tan dramáticas consecuencias.
> Efectivamente se lo pregunté, y él mismo me dijo que, al ver el incendio de la iglesia de los Santos Juanes, hablando consigo mismo, pero en voz alta, había dicho éstas o parecidas palabras:
> - ¡Qué horror! ¡Qué crimen! ¡Qué sacrilegio!.
> Al oír estas palabras alguien de los que acaso participaban en el incendio o estaban contentos por ello, le dijo:
> - ¡Tú eres un 'carca'!
> Expresión equivalente a: 'Tú eres un hombre de derechas o tradicionalista'. A lo que el Siervo de Dios respondió:
> - Yo soy un sacerdote.
> Razón por la cual procedieron a su arresto".

Se descubrió. No negó quién era. El fuego que lo había llevado a ser sacerdote, a ser religioso, a ser como era, no lo abandonó en el momento que se revelará decisivo en su vida.

Ya en la cárcel tuvo que comunicar la noticia a sus superiores, que solo sabían que nunca había llegado a casa de doña Pilar, la bienhechora de Valencia. Así pues, pudo enviar una carta a su Superior local, el P. Lorenzo Cantó:

> "He sido conducido a la Cárcel Modelo de Valencia. No podré celebrar las Misas que me ha encargado".

Otra a su Superior general, el P. Lorenzo José Philippe, que además de felicitarle por su santo, le dice:

> "Aquí me tiene Reverendísimo Padre, detenido desde hace casi tres semanas, con ocasión de proferir algunas frases de protesta por el horrendo espectáculo de las iglesias quemadas y profanadas. ¡Dios sea bendito! ¡Hágase en todo su divina voluntad! Me alegro mucho de poder sufrir algo por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador".

Y finalmente, otra al alcalde de Garaballa:

> "Desde el mismo día en que llegué a Valencia, me hallo detenido en la Cárcel Modelo

de esta ciudad, con otros muchos sacerdotes, religiosos y seglares. Pero gracias a Dios estoy tranquilo y resignado a lo que la Divina Providencia disponga de mí. Ocupo la celda 476, cuarta galería."

VII.
PARA LIBERAR A LOS PRISIONEROS

Luego vi descender del cielo a otro Ángel poderoso, envuelto en una nube, con un arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, sus piernas parecían columnas de fuego, Y en su mano tenía abierto un libro pequeño (...). Gritó con voz potente, semejante al rugido del león. Entonces, los siete truenos hicieron resonar sus voces (...). Levantó su mano derecha hacia el cielo, y juró por aquel que vive por los siglos de los siglos: "¡Se acabó el tiempo de la espera!, pero el día en que suene la trompeta del séptimo Ángel, y se escuche su voz, se cumplirá el Misterio de Dios, conforme al anuncio que él hizo a sus servidores, los profetas". Y la voz que había oído desde el cielo me habló nuevamente, diciéndome: "Ve a tomar el pequeño libro que tiene abierto en la mano el Ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra". Yo corrí hacia el Ángel y le rogué que me diera el pequeño libro, y él me respondió: "Toma y cómelo; será amargo para tu estómago, pero en tu boca será dulce como la miel". Yo tomé el pequeño libro de la mano del Ángel y lo comí; en mi boca era dulce como miel, pero cuando terminé de comerlo, se volvió amargo en mi estómago.

(Ap 10, 1-10)

¿Legiones de arcángeles?

"Tomé el libro, dulce y amargo, de la mano del ángel y lo devoré". Dios está dispuesto a intervenir en la historia para liberar a su pueblo de cualquier esclavitud. Todos sabemos lo difícil que puede ser llevar a cabo un proyecto: casa, familia, negocio, carrera, vocación... Al principio, vinculado con la propia felicidad y realización, le encontramos el gusto, pero sabemos que llegarán los contratiempos.

El proyecto de Dios exige tener que asimilar su palabra, leerla y entusiasmarse con su mensaje, que es dulce como la miel, sabiendo que nos traerá amarguras y sinsabores. Ese y no otro fue el destino de los profetas, de los mártires, y sobre todo, del mismo Jesucristo. ¿Y el del P. Juan María? A estas alturas, podemos decir: ¡no te quepa la menor duda!

Celda 476, cuarta galería...

Celda 476, cuarta galería... casi el título de una película. En esa celda el P. Juan María va a abrir el séptimo sello y entender cuál es su destino. Y se prepara para ello. Siente la dulzura y la alegría de lo que va a pasar. Pero luego también siente el amargor; el triste amargor del morir; de que te mueran; de que te maten; tus hermanos...

En la cárcel lo llamaban Padre Chaquetón. Solo había podido disponer de una chaqueta que le sobraba por todos los lados. Eso llamaba la atención. Pero no iba a ser solamente por eso por lo que no iba a pasar desapercibido.

Al P. Juan María lo encerraron porque era cura. Pues su vida en la cárcel consistió en evidenciar la causa de su prisión. Se dedicó a evidenciar que era cura. Así lo demuestra,

entre otras cosas, un horario que se hizo para su estancia en la cárcel, en el que incluía todos los actos de la vida de una comunidad SCJ de entonces. ¿Había llegado el tiempo que tanto había anhelado de una vida auténticamente contemplativa? No. No quiero ser macabramente irónico con esta suposición. Simplemente quiero señalar con ella cómo el P. Juan María tuvo la suerte de poder contemplar y revivir en su propia carne todas las partes finales de la vida de Jesús. ¿Por qué no fue linchado delante de aquella iglesia y muerto al instante? ¿Por qué no fue ejecutado sumariamente? ¿Por qué no escapó? ¡Y yo qué sé! Sabemos lo que sabemos y esto es que el P. Juan María tuvo que pasar por un camino ya trazado. Y lo mejor. En nombre de la misma razón: por absoluta fidelidad a la voluntad de Dios Padre y por amor a los hombres. Aquí nace la fuerza y la importancia de esta vida y esta muerte. De aquí nace el interés por saber cómo fue la vida diaria del P. Juan María en la cárcel. No para ver lo bueno y fiel que fue. Sino para ver cómo anunció, más con gestos que con palabras, quién era él y a quién anunciaba, de quién era profeta.

En su celda 476 recitaba, al sonar de las horas, el Breviario, la oración de la Iglesia que peregrina, que tiene sed de Dios, del Dios vivo, del Dios que viene a su encuentro y hacia el cual camina. Durante una hora. U hora y media. En la celda. O en el patio. Cuando el sol caía. "¡Ay, ay, ay! Un día de estos nos matan al P. Chaquetón como a un pajarito", decían preocupados sus compañeros. Se acercaba a los más jóvenes y más temerosos, y los reanimaba como un padre; rezaba con ellos como un hermano. En el patio de la cárcel daba auténticas conferencias o sermones, lo que prefieras, hablando de Dios y animando a todos de frente a lo que se venía encima. Habían formado grupos para rezar el Rosario en voz alta, ¡que se oyese! Si habéis leído alguna vez algún libro de uno de los profetas del Antiguo Testamento, ¿no os resulta familiar esto que hacía el P. Juan María? Si bien desde los muros apuntaban fusiles cargados, eran las lenguas las que disparaban insultos y amenazas de muerte, envenenado todo de un odio irracional. Eran casi como una parroquia a lo grande. Y es que todos los presos que estaban allí eran cristianos. Al final tuvieron que dejarlo porque no era cuestión de provocar más de la cuenta. Y llegaba la noche. Y llegaban las tinieblas. Y llegaban los camiones. Y se iban algunos. Y no volvían. No volvían...

Uno de los compañeros de prisión era don Antonio. Siendo prisionero trabajaba como mecánico y fontanero de la cárcel. Cuenta que nunca el P. Juan María hizo nada para reclamar su libertad. Estaba sereno. Tranquilo. ¡En aquellas circunstancias! ¿Por qué? Porque estaba a lo que Dios quisiese y pidiese. Cuando don Antonio estaba trabajando en la galería cuarta oyó voces y gritos. Cuando pudo localizar de dónde venían se le congeló la sangre. ¡La celda del P. Chaquetón! Corrió allí temiéndose lo peor. El inspector de la cárcel estaba fuera de sí tras haber descubierto un dibujo hecho por el P. Juan María con un lápiz a lo largo de las paredes. Apenas se veía. Pero se veía. Y se reconocía. Era un Via Crucis. Catorce cruces a lo largo de las tres paredes de la celda, recorridas día tras día en oración, en recuerdo, en unión a Jesús. En propia carne. En verdad y en espíritu. ¡Y tan de verdad! ¡Celda de castigo!, fue la sentencia del inspector. "¡Perdón, señor! ¡Señor Inspector! Perdón, soy Antonio el fontanero. Sí, perdón, verá, señor, es que ¡es normal! Es sacerdote, ¿sabe? Y es que es un poco osado. Pero es bueno, je, je. Hasta me ayuda, ¿sabe? Y tiene fácil solución. Yo,... yo las borro, no se preocupe, señor inspector. No se preocupe". El inspector tenía el rostro cansado. Asqueado. "Bah, está bien. Estoy

harto ya. Estoy harto". El caso es que no lo mandó a la celda de castigo. Don Antonio borró con un cristal las cruces. Gracias, Antonio, me dijo el P. Chaquetón. Yo le respondí: aquí estamos para ayudarnos unos a otros.

El mundo de la cárcel. Tanta miseria y tanta grandeza encerradas entre cuatro paredes. Para acabar este período carcelario dejemos que sea otro compañero, el religioso redentorista P. Tomás Vega, quien nos cuente, largamente, su experiencia con nuestro protagonista.

> "Tuve suerte de conocerlo y tratarle, al poco tiempo de ingresar un servidor en la cárcel, 22 de julio de 1936. A todos nos edificó desde el primer día, por su gran piedad y devoción. Rezábamos juntos el breviario durante el primer mes de cárcel, cuando teníamos tres horas de recreo por la mañana y otras tres por la tarde, en el patio, donde teníamos el recreo los presos de la 4ª galería, él, el Rvdo.
> P. Recaredo de los Ríos y un servidor; el segundo era salesiano y mártir también. Ya pudimos observar el gran fervor religioso con que rezaba. Era muy frecuente en él ponerse de rodillas en medio del patio, a pesar de no faltar quien, por razón de circunstancias, le aconsejara omitiera aquellas señales externas de devoción; pero él contestaba que no había que tener respeto humano alguno; que entonces más que nunca había que confesar a Cristo y que había que imitar a los mártires de los primeros siglos que, rezando y de rodillas, se preparaban para el martirio. Hacia las once de la mañana nos reuníamos un buen grupo de presos, para rezar en común las Letanías de los Santos y, los días festivos, rezar y leer en público la Santa Misa (entonces aún no teníamos la suerte de celebrar en la cárcel); el P. Juanito, como allí le llamábamos, nunca faltaba.
> Por las tardes, cada sacerdote solía reunirse con un pelotón de presos para rezar el Santo Rosario; el P. Juanito tenía un grupo escogido, y no solo rezaba con ellos el rosario, sino otras oraciones, y hacía con los mismos lectura espiritual. Solía ir de grupo en grupo cuando terminaban los rezos en común y animar a todos en la virtud y el amor de Dios. Era verdaderamente celoso.
> Un día al bajar al patio me dijo que había tenido una gran alegría: aquella mañana había recibido a Jesús Sacramentado. Un profesor del Seminario había ingresado uno de aquellos días en la cárcel y había llevado consigo el Santísimo Sacramento. Nos reunimos en torno a él para acompañarle; pero el P. Juanito no paró hasta que consiguió la Sagrada Comunión. Aún más: consiguió que el mencionado Profesor le dejara un día el Santísimo Sacramento, y fue para él un día celestial.
> Al mes de estar en la cárcel, nos recluyeron en las celdas y sólo salíamos por secciones, una hora por la mañana y otra por la tarde, al patio. Como yo vivía en un piso distinto del suyo, ya no pude acompañarle, pero a todos nos dejó impresión profunda su gran santidad y virtud.
> Poco después supimos que había salido de la cárcel..."

Todo esto pasó en un mes, y cuando se acercaba el 23 de agosto, la última trompeta estaba por tocar y desvelar el sentido de lo que ocurría. El P. Juan María estaba preparado para ello. Y dijo una vez más: "He aquí, oh Dios, que vengo para hacer tu voluntad". *Ecce venio...* O como María, "Hágase en mí según tu voluntad". *Ecce Ancilla...*

VIII.
23 DE AGOSTO DE 1936

Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada y gritaba de dolor porque iba a dar a luz.
Y apareció en el cielo otro signo: un enorme Dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en cada cabeza tenía una diadema. Su cola arrastraba una tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra.
El Dragón se puso delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera (...), vomitó detrás de la Mujer como un río de agua, para que la arrastrara. Pero la tierra vino en ayuda de la Mujer: abrió su boca y se tragó el río que el Dragón había vomitado. El Dragón, enfurecido contra la Mujer, se fue a luchar contra el resto de su descendencia, contra los que obedecen los mandamientos de Dios y poseen el testimonio de Jesús.

(Ap 12, 1-4. 15-17)

Imaginando...

Había llegado el 16 de agosto. D. Eduardo, que también era cura, aún no se había acostumbrado después de una semana a dormir en la cárcel. Estaba nervioso. Oía ruidos constantemente. De hecho, no eran imaginaciones suyas. Sí, eran ruidos. A veces gritos espantosos que traspasaban la noche. Esa noche pegajosa, de calor húmedo. Y aquellos malditos mosquitos... Ocupaba la celda 456. O sea, cuarta galería, celda 56. No les dejaban salir al patio más que por secciones. No conocía a los de enfrente. ¡Qué calor! Dios mío, ¿dónde estás? Cuando cerraba los ojos una pesadilla lo asaltaba. Veía una y otra vez cómo ardía su parroquia en el fuego. Aún le dolía el culetazo que aquella chica joven, a la que había casado hace poco, le dio en la espalda. ¿Qué había pasado? ¡Qué hice mal! ¡Yo qué sé! Ah. Silencio. Qué extraña sensación. Qué oscuridad. Parece que una nube ha tapado la luna. Qué paz. "476, ¡arriba!". ¡Qué pasa! Es justo aquí en frente.

El ruido de la pesada llave entrando en la cerradura de hierro heló la sangre de D. Eduardo. No podía ver. La oscuridad era muy espesa. Sintió una brisa. Heladora. Escalofriante. Solo un poco de brisa. Y la tenue luz de la luna volvió a entrar por el sucio techo de cristal de la galería. Sí, era el vecino de enfrente. Había oído hablar de él.
¿Camisón? No, no. Chaquetón. Padre Chaquetón. ¡Era un sacerdote! El estupor de D. Eduardo creció cuando aguzando la vista... ¡lo vio dando saltos! Andaba con alegría, como con cierta prisa, aquel compañero, aquel hermano. Se abrió y se cerró una puerta. Silencio. Oscuridad de nuevo. Una lágrima. Se oía musitar. No era el único que no podía dormir. No era el único que había visto. Sintió cómo se humedecían sus ojos y otra lágrima corrió por su mejilla. Ardía. Silencio. Una lágrima más,... Padre nuestro, que estás en el cielo...

Bajando las escaleras, Juan sentía cómo un gran fuego luchaba en su pecho contra un mar de pena, de horror, de incomprensión. Señor, Señor, ¿por qué permites esto? Pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Gracias, Señor, por este regalo que me haces. Morir

como tú. Morir mártir, por ti. Cuando la última puerta se abrió vio a otros nueve prisioneros. Cabizbajos. Sollozando. Algunos heridos y como fuera de este mundo. Los ataron de dos en dos. Llegó el camión. Su motor rugía como un dragón. Recalentado, el

radiador comenzaba a echar un poco de vapor. ¿A qué me recuerda esto? Bah, es igual. "¡Arriba, vamos moveos! ¡Vamos a dar un paseito!". Las risas no eran humanas. Las voces no tenían acento valenciano. No eran de aquí. ¿A dónde nos llevarán? Lo sabes Mariano. Lo que tanto esperabas, Juan María, se te ha concedido.

No fue un viaje muy largo. Tomaron la carretera de Murcia. Los prisioneros no lo sabían pero estaban en Silla. Llegaron al puente que salvaba el precipicio de La Coma. "¡Abajo!", gritó el que hacía de jefe. Caminaron unos metros hasta una finca. Juan María pudo leer de refilón, a la luz de los faros de aquel camión que tan mala espina le daba, el nombre del lugar: "El Sario". Logró distinguir también en la noche olivos. Eso sí que supo qué le recordaba. ¡Getsemaní! Durante diez años, a las 9 de la noche, había hecho memoria de este misterio de la vida de Jesús: la agonía de Getsemaní. La oración existencial y vital de Getsemaní. Juan María rezaba. Estaba contento. Sabía a dónde iba. Sabía que su muerte no iba a ser inútil. Que iba a ser recogida por la madre tierra y dar fruto. Había una fosa a los pies de un muro. La cosa tenía que ser rápida y eficaz. "Rezad, rezad", decía para sí el jefe del pelotón. Los pusieron ante el muro. Cargaron los fusiles, apuntaron y dispararon. Cayeron los diez. El fuego de la bala se había convertido en un dolor agudo. Sentía que no iba a durar mucho, se le escapa la vida. Dios mío, a tus manos encomiendo mi espíritu. Tú, el Dios leal, no me abandonarás. Señor, Jesús, mi Señor...

Cuando el camión rugiente y humeante se fue, la oscuridad se hizo total. El silencio se hizo total. El amor se hizo total.

"Una gran señal apareció en el cielo"

El resonar de la séptima trompeta en el Apocalipsis anuncia la llegada del Reino de Dios. Acabamos de evocar la fase definitiva del drama. El sufrimiento llega a su fin y Dios comienza a reinar. Todos hemos tenido alguna vez la sensación de que nuestros esfuerzos por mejorar nosotros y la realidad que nos rodea no valen la pena, que se perderán como una gota en medio del océano de un mundo lleno de mentira, de corrupción, de violencia y de indiferencia. ¿Pudo acaso tener esta sensación el P. Juan María? Los numerosos testimonios, siempre externos al alma del P. Juan María, parecen dar respuesta negativa a la pregunta. Pero quién sabe. Y no deja de ser algo que no nos incumbe. La conciencia de cada uno de nosotros es asunto privado entre Dios y nosotros. Lo que vemos ante nosotros es el testimonio del P. Juan María, un testimonio fiel porque creyó firmemente. Tenía paciencia. Sabía que todo estaba en las manos de Dios y así lo vivió: entregándose a una historia, dolorosa, convencido de que la salvación de Dios brillará.

Su testimonio adoptó la forma del martirio. De siempre se considera en la Iglesia la forma más excelsa, la forma por excelencia, porque reproduce el camino exacto de Jesús, el que dio testimonio de la Palabra de Dios hasta entregar la propia vida, en la misión que el Padre le había encomendado; y hacerlo sin echarse atrás, ni siquiera ante la amenaza de la muerte. Los mártires son los que "vienen de la gran tribulación, los que han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero" (Ap 7,14). Han vencido en su batalla contra las fuerza de ese mal con tantas cabezas, con tantos rostros, que vuelve

siglo tras siglo, en distintos lugares, de distintas maneras; vencedores "por medio de la sangre del cordero y por el testimonio que dieron, sin que el amor a su vida les hiciera temer la muerte" (Ap 12,11). Son los que "no se prostituyeron con la idolatría" (Ap 14,4). Son los "testigos fieles de Jesús" (Ap 19,10). Los mártires son los que participarán un día de la victoria de su resurrección y obtendrán "la corona de la vida" (Ap 2,10). Es el presente eterno del Beato Juan María de la Cruz. Sufrió su cruz; la aceptó con amor. ¡Esta es la clave de su fecundidad! Ese es el núcleo de su mensaje y su regalo para nosotros hoy. Hoy el dragón sigue dando coletazos. La valentía y el coraje de la fe de una persona como el P. Juan María nos impulsan a vivir la coherencia de la fe que sentimos nos ha salvado y nos salva. Esa es la fuerza humilde que nos hace fuertes y evita que nos dejemos seducir por aquellos o aquello que quieren obligarnos a adorar ídolos engañosos... dinero, poder, bienestar... lo que sea... dioses que no pueden salvar.

IX.
P. JUAN, ¿A DÓNDE NOS SEÑALAS?

Vi a los que habían triunfado de la Bestia y de su imagen y de la cifra de su nombre, de pie junto al mar de cristal, cantando el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero (...). La ciudad no necesita la luz del sol ni de la luna, ya que la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán a su luz y los reyes de la tierra le ofrecerán sus tesoros. Sus puertas no se cerrarán durante el día y no existirá la noche en ella. Se le entregará la riqueza y el esplendor de las naciones. Nada impuro podrá entrar en ella, ni tampoco entrarán los que hayan practicado la abominación y el engaño. Únicamente podrán entrar los que estén inscritos en el Libro de la Vida del Cordero.

(Ap 15,1-3. 21, 23-27)

Compases finales de la historia del P. Juan María

Llegó octubre a la cárcel de Valencia y con él el P. Lorenzo Cantó, superior del P. Juan María. Tenía una esperanza: encontrarse allí con el P. Juan. Pero...

Quien sabe cómo, pero logró hacer enviar un telegrama al P. José Goebels, el Superior de la comunidad de Puente la Reina. Lacónico decía:

> "Juan saliendo cárcel falleció inmediatamente [...].
> Continúo cárcel.
> Lorenzo".

El P. Lorenzo será liberado en marzo de 1937 y en su corazón solo tiene sitio una obsesión: encontrar la tumba del P. Juan. Se presentó al juez de Silla preguntando si el 23 de agosto de 1936 se había ejecutado a diez presos en ese pueblo. Sí, fue la respuesta. El mismo juez había sido llamado tras aparecer diez cadáveres en la carretera de Madrid. El mismo pelotón de fusilamiento los había llevado después al cementerio municipal. A la descripción del P. Juan que le hizo el P. Cantó la respuesta fue sí, estaba allí.

La guerra acabó. Es 28 de marzo de 1940 y el P. Lorenzo se presenta en el Tribunal de Silla para que le autoricen a exhumar los restos del P. Juan María. Comienzan a excavar la fosa y se encuentran con un cráneo y algunos huesos (la cal viva había hecho su

trabajo); la cruz de su profesión y el escapulario de la Congregación confirman que era él.

El 1 de abril de 1940 los restos mortales del P. Juan María de la Cruz son transportados a la comunidad por la que tanto trabajo y a la que sirvió con amor: la Escuela Apostólica (hoy colegio) de Puente la Reina. Fue acogido con emoción y veneración por los habitantes del pueblo navarro, por sus compañeros SCJ y por los pequeños alumnos de la Escuela. Y allí sigue hoy. Primero ocupó un pequeño mausoleo en la capilla de los seminaristas, mientras esperaba que la Iglesia, con su autoridad de discernir la santidad,

reconociese que su vida y su muerte podían ser contempladas como ejemplo de vida. Celebrar su vida unida a la Pascua de Cristo fue posible a partir del 11 de marzo de 2001, cuando el papa Juan Pablo II lo confirmó con la beatificación de Juan María de la Cruz en la Plaza de San Pedro, junto a otros 232 compañeros mártires de la Iglesia local de Valencia.

Celebrar la vida

Música y canto han acompañado siempre al hombre. El cántico que entonó el P. Juan María fue una variación, quizás en re menor, de la gran polifonía que recoge toda la historia de la salvación. Había quien llamaba al P. Juan María el “padre eterno” por lo que hacía durar la celebración de sus misas. El Apocalipsis describe en su visión una interminable celebración litúrgica con incienso, altar, oficiantes que se adoran y cantan la gloria de Dios y de su obra en Jesucristo. Alabanza del Dios creador y redentor. Nuestro beato, hoy, continúa anunciando y celebrando la victoria de Cristo, la llegada de un mundo nuevo.

Es necesaria y obligada una lectura interpretativa del contexto histórico en el que se desarrollaron estos acontecimientos. En el siguiente párrafo daré la mía. Necesitamos acercarnos a la verdad para recibir auténtica libertad. Pero antes una afirmación: la aventura, pequeña pero cierta, de Juan María de la Cruz se nos presenta como una historia de resistencia. Frente a toda pretensión de dominio totalitario, venga de la derecha, venga de la izquierda, venga del centro, de arriba o de abajo, él anuncia que el único Señor y Dueño de la historia es Dios. ¿Por qué? ¿Por doctrina? ¿Por realismo? No... ¡por fecundidad! Crear y redimir. Optar siempre por la vida porque nada hay creado que no sea amado por su creador. Ese es el motivo. Ese es el señorío y el dominio que supera el de todos los imperios de la tierra. El Beato Juan María de la Cruz lanza con su memoria un mensaje de esperanza: Jesús ha vencido al mundo, está vivo y comunica a los creyentes su propia vida y los conduce a actuar en la historia, como él, combatiendo el mal; a testimoniar la fuerza que viene de la resurrección y que puede transformar a la humanidad. Es una herencia en dos palabras: espiritualidad y compromiso. Amor a Dios y amor al prójimo.

Aquel mundo de los años 30 del siglo XX se debatía, a mi parecer, entre soportar los últimos coletazos de un proyecto de civilización que se ahogó en el mar de sangre que fue la Primera guerra mundial (1914-1918) y el surgimiento de la respuesta más inhumana, o mejor, antihumana que ha conocido la historia: el totalitarismo. Este término identifica un único perro al que se le puso una correa de nombre marxismo- leninismo y

otra de nombre nazismo-fascismo. Un mismo perro feroz e insaciable con diferentes nombres y direcciones. Un mismo perro feroz e insaciable que bebe una misma agua. Veamos. ¿Por qué fue arrestado el Beato Juan María? Si recuerdas el motivo fue protestar ante una iglesia (un templo, una casa de Dios) que estaba en llamas. Pero descendiendo al detalle: lo que ardía (y que luego se extendió al edificio) era una pila formado en el centro del edificio formado por los objetos del culto. Quiero ahora retomar este detalle y, haciendo omisión de todo lo demás (algo intrínsecamente injusto), buscar que convirtió a este religioso dehoniano en víctima. En esta precisa víctima. Y hay un programa, un pensamiento (que no juzgamos, sino que exponemos) que da razón de esta transformación de individuo dotado de dignidad e inviolabilidad en objeto y en objeto suprimible. Ofrezco simples pedazos de discurso, de entrevistas en

periódicos del momento. Por ejemplo, el jefe del Partido Obrero de Unificación Marxista declaraba en Barcelona el 8 de agosto de 1936: "Había muchos problemas en España... El problema de la Iglesia... Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz: hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto". Ante este (inteligente y meditado) 'ir a la raíz', se podía preguntar en sentido negativo: ¿sería posible en aquella España reanudar el culto? Y se pudo leer en agosto de 1936, en el periódico francés L'Oeuvre, esta respuesta: "¡Oh!, ese problema no se plantea siquiera, porque todas las iglesias han sido destruidas". Si queremos reunir estos dos puntos, leamos estas declaraciones hechas en el periódico Solidaridad Obrera de Barcelona, el 25 de mayo de 1937:

> "¿Qué quiere decir restablecer la libertad de cultos? ¿Qué se puede volver a decir misa? Por lo que respecta a Barcelona y Madrid, no sabemos a dónde se podrá hacer esta clase de pantomimas. No hay un templo en pie ni un altar donde colocar un cáliz... Tampoco creemos que haya muchos curas por este lado... capaces de esta misión".

Esto es un programa. Frío, calculado, inteligente y del cual, quien lo hizo suyo, se convierte en responsable. Este programa despojó de dignidad un hombre y lo convirtió en material de desecho. Lo victimó a él e hizo de sus actuadores verdugos. Que el mismo perro feroz hizo lo mismo luciendo el otro collar no se niega ni se olvida. Pero el mal de uno hizo no hace bueno el mal del otro. Y esa es nuestra patética situación humana. Y lo es aún hoy. La frontera la siguen poniendo las víctimas, no los verdugos. La frontera está pintada con su sangre, no con nuestras razones.

Todo programa tiene un ideal. Nada que objetar. Aquellos programas se quisieron imponer a todos sí o sí. Todo que objetar. El concreto programa que acabó con el beato Juan María (o con el ciudadano Mariano García Méndez, que lo era y lo sigue siendo) indicó el templo y el culto, como corazón y raíz de una relacionalidad a suprimir. Sí, ese lugar ante el que protestó el ciudadano García acogía dos tipos de relación: una con Dios y otra entre los creyentes. Ese nexo de unión se convirtió en objetivo político: había que destruirlo. Y para una persona como el Beato Juan María que fundamentó su existencia en la búsqueda de la unión amorosa con Dios y al servicio del prójimo amado, aquello era lo mismo que dejar de alimentarse, de respirar, de ser. Y esto último fue lo que se le suministró.

Acordes finales

Nuestro mundo ha vuelto a demostrar que importa más la marcha de los mercados económicos que el bienestar y la dignidad de las personas. Las sociedades económicamente desarrollas (pero cada vez más subdesarrolladas éticamente... motivo por el cual están entrando en disgregación y disolución) y, en ellas, los sectores sociales más ricos siguen viendo incrementadas sus ganancias. Falta trabajo, hay despidos masivos, hay bajos salarios, hay escaso poder adquisitivo, hay problemas de alimentación, de educación, de asistencia social, siguen galopando los jinetes: hambre, guerra... Estas páginas han querido releer el testimonio profundo del Beato Juan María: hay que mantenerse enraizados en la esperanza de que Dios es fiel a su creación, aún en medio de los horrores de cada época. Suceda lo que suceda, al final de todo se reencuentra en Dios. Es un grito de esperanza nacido del dolor del vivir.

El concreto fin del mundo que contempló el Beato Juan María no lo asustó. Hoy estas imágenes asustan a quienes disfrutan (o disfrutamos) una vida tranquila y asegurada. Quizás alguna inquietud siempre se despierta ante los vaivenes de una historia que sus víctimas siempre quieren cambiar. No es malo tener una vida tranquila. Sí lo tenerla y presumirla arrogantemente ante familias o personas que duermen sin saber si van a despertarse con vida, o si serán víctimas de alguna violencia. Que Dios aniquilará los sistemas malignos, injustos y opresores del tipo que sea es una cuestión de fe que uno puede tener la suerte de ver o no. Los tiempos nos los manejamos nosotros, sí nuestra decisión de situarnos a un lado y otro de la historia. Es decir, unirnos al Beato Juan María y a tantas personas que se enfrentan cara a cara el rostro de la Bestia que nos toque en suerte (o en desgracia) tener delante; del lado de las víctimas.

La fe nos asegura un Dios que no es lejano, está inactivo o dormido. Pero la vida de cada día no siempre permite mantener este tono de confianza y optimismo. Nuestra historia se ve envuelta con frecuencia en el sufrimiento, el dolor, la desgracia, la muerte. Nuestra vida y nuestro mundo, a veces, parecen un campo de batalla. El Beato Juan María nos enseña que, gracias a la Pascua de Jesús, nuestro camino está cuajado de esperanza. El mal puede vencer aparentemente, pero nunca definitivamente. Dios quiere un mundo libre de poderes opresores y deshumanizante. El problema es el cómo. Quisiéramos una solución totalitaria: que Dios fuese ese perro feroz y sanguinario que impone sí o sí su ideal a todos. Demasiados han querido dar carne a este dios falso. El método pasa por nuestra adhesión libre, a elegir que el camino de Dios en Cristo sea nuestro camino. Lo fue para el Beato Juan María, convertido en anunciador para siempre de unos cielos nuevos y una tierra nueva donde Dios ha montado su tienda de campaña, una tierra en la que no habrá muerte ni luto, ni llanto porque Dios mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos (cf. Ap 21,1-7).

Quienes mejor comprenden estas cosas que escribo son los que precisamente no pueden leerlas: los que están sintiendo el peso del mal sobre sus vidas. Estas palabras por tanto quieren incitar a quien leemos a oír el clamor de la justicia que sube hasta Dios y a responder en solidaridad y lucha desde el lado de quien es víctima. La Víctima por excelencia, Jesucristo, así lo hizo. Si su camino es nuestro camino, nos toca dar pasos en esa dirección. Y a esto apunta hoy el Beato Juan María de la Cruz. Puesto en pie (como

viviente en Cristo); tapando con embarazo y humildad las heridas de las balas; quién sabe si recuperada su vieja sotana, en la que tan a gusto se sentía; su mano señala la Pascua. Hacia ella nos invita a caminar: ¡vivid la Pascua de Jesús en vosotros! Personalmente. Y también juntos. Unidos. Solo así podréis creer y vivir el amor.

Y a su lado, en el otro lado de la puerta, el apóstol y evangelista San Juan sigue haciéndonos ver y soñar (en ese orden) una nueva creación: nuevos cielos, nueva tierra, humanidad restaurada. La "nueva Jerusalén". El reino de Dios. Ahí no funciona ya el "te doy para que me des". Ya no se puede comprar ni vender. Solo funcionan las cosas que no tienen precio: la amistad, la alegría, la confianza..., el perdón y la reconciliación... el amor.

Llegado al final de estas líneas me pregunto cuán lejos están estas consideraciones de "pisar tierra". He invocado literatura e historia surgidas ambas en situaciones de opresión, de crisis, de vidas profundamente marcadas. Sencillamente creo que de lo que se ha tratado es de mostrar cómo el Beato Juan María hace realidad una frase que leí en un libro del P. García de Cortázar, jesuita español e historiador: "la historia no es lo que suponemos que sucedió en el pasado, sino lo que brilla en un instante de peligro". En situación de crisis, convertida en situación de peligro, el Beato dio la talla y brilló. Y el brillo dura. Y abrillanta nuestra voluntad de ahondar en la lealtad y la entrega. El brillo nos empuja a la acción, porque el presente es lo que realmente importa. Pasado y futuro se ponen al servicio del momento actual. El futuro irrumpe en el tiempo presente, viene en la historia hasta nosotros. El Señor es "el que es, el que era y el que está a punto de llegar" (Ap 1,4.8). El Señor viene a "poner fin" al sufrimiento actual de la humanidad, que va y viene; humanidad a la que hoy toca ser herida en el vecino, pero quién sabe si mañana te tocará a ti. En la construcción del futuro damos sentido al presente y se hace fecunda (toda) la historia pasada. La esperanza es muy exigente. Paciente. Fiel. "El que está a punto de llegar" jamás se ha desentendido de la historia. No se desentendió del Beato Juan María de la Cruz. No lo hará contigo ni conmigo. Gracias. Amén.

Beato Juan María de la Cruz, intercede por nosotros
para que Jesús envíe su fuerza, su Espíritu,
todos los días de nuestra vida;
para ser testigos fieles de la Esperanza, día a día, paso a paso,
palabra a palabra, gesto a gesto. Para que "venga tu Reino", Padre nuestro,
Señor Jesús, Espíritu de Amor,
Dios, unidos a tu siervo el Beato Juan María, te decimos, hoy y siempre,
"Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad" Amén.
Aleluya,
Sí, vienes pronto.
¡Ven, Señor Jesús!

dehonianos